

La Ilustración Artística



AÑO XXXV

← BARCELONA 25 DE DICIEMBRE DE 1916 →

NÚM. 1.826

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos a los señores suscritores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el quinto y último tomo de los correspondientes a la serie de 1916, que es

VIDA Y SEMBLANZA DE CERVANTES

por Miguel Santos Oliver.

En el asunto del libro y en el nombre de su autor está el mejor elogio que de esta obra puede hacerse: la personalidad de Cervantes, interesante como pocas, grande como ninguna, ofrece especial atractivo por su existencia, llena de encanto, de episodios dramáticos y de adversidades conmovedoras, y en cuanto a D. Miguel Santos Oliver, a su reputación y autoridad bien reconocidas en el mundo literario, reúne la circunstancia de haberse dedicado, desde hace mucho tiempo, a los estudios cervánticos desde un punto de vista humano y sincero.

El tomo va ilustrado con grabados, reproducciones, facsímiles, etc., sitios, monumentos y textos relacionados con Cervantes y sus obras.

A NUESTROS SUSCRITORES

A causa de la gran crisis por que actualmente y como consecuencia de la guerra, atraviesa el negocio editorial en España, y debido al extraordinario aumento del precio del papel que empleamos en nuestras revistas LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y EL SALÓN DE LA MODA y en los tomos de la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA, y a la considerable carestía de los demás elementos que entran en la confección de unas y otros, nos vemos obligados a suspender *temporalmente* dichas publicaciones mientras subsistan las presentes circunstancias.

Mucho hemos vacilado antes de adoptar esta resolución y para no tener que llegar a ella hemos soportado, durante largo tiempo, grandes pérdidas, alentados por la esperanza de que no tardaría en mejorar esta situación difícilísima. Pero la realidad ha acabado por imponerse, y, desvanecida aquella nuestra esperanza, hemos tenido que someternos a la fuerza de los hechos, más poderosa que la voluntad, y que recurrir a la única solución que se nos ofrecía.

Ante la imposibilidad de continuar las mencionadas publicaciones en **iguales condiciones en que las hemos sostenido hasta ahora**, lo que hubiera equivalido a aceptar voluntariamente el sacrificio de una pérdida segura y cada vez más cuantiosa; y no queriendo, por otra parte, **buscar economías en la alteración de las condiciones materiales de las mismas**, lo que habría constituido su descrédito y con él el de nuestra casa, que ha tenido siempre a gala procurar la mayor perfección posible en la presentación de todas cuantas obras ha editado, hemos considerado como solución más digna y más honrosa la de suspender temporalmente la publicación de las citadas REVISTAS y BIBLIOTECA, explicando sincera y noblemente las causas que nos han impuesto esta determinación.

No supone esa suspensión la desaparición definitiva de esas publicaciones; antes al contrario, nuestro propósito es reanudarlas cuando, normalizada la situación, podamos darlas nuevamente tales como las hemos dado hasta ahora, o mejoradas si cabe, como corresponde a su larga y honrosa historia.

Para entonces confiamos en que no ha de faltarnos el favor que siempre nos ha dispensado el público y al que estamos tan profundamente agradecidos.

La publicación de la BIBLIOTECA UNIVERSAL queda en suspenso por los motivos expresados; pero la vida editorial de nuestra casa crecerá en extremo con nuevas e importantes publicaciones que tenemos en preparación y de las que próximamente se repartirán prospectos.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES.



JUNLEDA

Estás guapo Timoteo.
En el pueblo eras más feo.
—¡Otra que Dios! Tú, Jenara,
también tienes otra cara.
Ya me dijo el señor cura
que usarías **PECA-CURA**.

Jabón, 1'25; Crema, 1'75; Polvos, 2; Agua cutánea, 5 ptas.

Creación de la Casa **CORTÉS HERMANOS**

BARCELONA

Marcas las más acreditadas en la Península, Extranjero y Ultramar
EL CIERVO y MANOC
EL LEÓN de J. Samsó
EL PERIQUITO
de C. Massó
Clases superiores y especiales para el Panguinguo (Filipinas)

ESPECIALIDAD EN NAIPES OPACOS
Teléfono 1708
Dirección telegráfica: **SAMOCA**

NAIPES COMAS

FINOS
DE HILO Y UNA HOJA
— DE LA —
Fábrica movida por electromotores

ANTIGUA CASA **Vda. de A. Comas** Casa fundada en 1797
SEBASTIÁN COMAS Y RICART

BARCELONA.-Galle de Lauria, núm. 4

LUZ Y SOMBRAS

Novela, por lord **BULWER-LYTTON**

Un tomo, lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los subscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

NUEVA REIMPRESION

FABULAS DE ESOP

traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de **FEDRO, AVIANO, AULO CELIO**, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por **EDUARDO DE MIER**. — Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. — Su precio: 18 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

TONA ROQUETA
agua mineral natural

Cura las diferentes manifestaciones del *es-crofulismo, herpetismo y sífilis*; los estados morbosos del corazón, riñones e hígado; la cloro-anemia y el reumatismo.

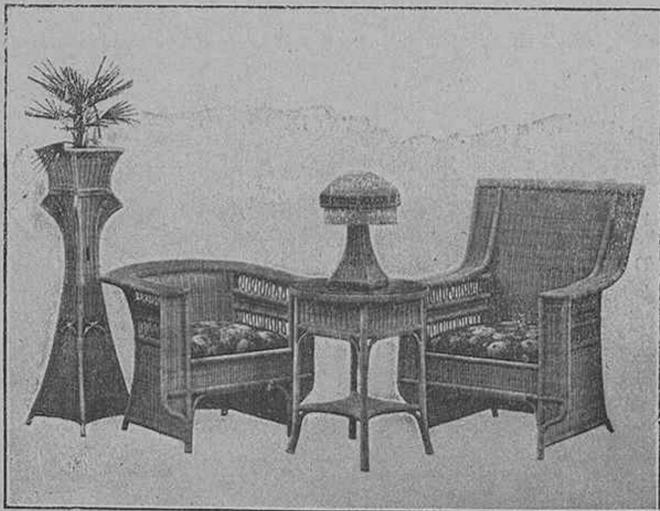
Se vende en todas las farmacias y establecimientos de aguas minerales. Los pedidos al por mayor pueden dirigirse a **D. JOSÉ ROQUETA, TONA (BARCELONA)**.

MUEBLES de junco y médula fina

MARCA



Fábrica sin sucursal

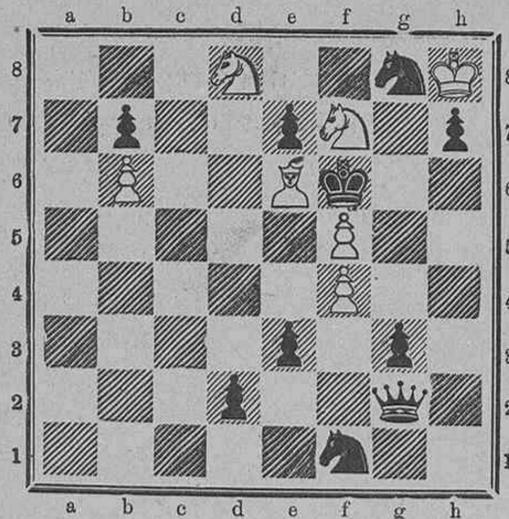


Paseo de Gracia, 115; Barcelona. «Manufacture Parisienne»

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 710, POR H. ROHR

NEGRAS (10 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.º 709, POR LASKER Y TEICHMANN

- | | |
|----------------|----------------|
| Blancas | Negras |
| 1. d6-d7 | 1. Cualquiera. |
| 2. d5-d6 | 2. Cualquiera. |
| 3. d4-d5 mate. | |

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 710, POR H. ROHR

- | | |
|------------|----------------|
| Blancas | Negras |
| 1. Cf7-g5 | 1. Dg2-h |
| 2. Cd8-f7 | 2. d2-d1 (D) |
| 3. Cf7-e5 | 3. Cualquiera. |
| 4. C mate. | |



Renaud Germain
PERFUMISTAS

Nuevos extractos para el pañuelo
MÁGICO-LABERINTO

Perfumes suaves e intensos.

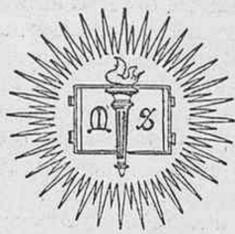
Barcelona



LABERINTO

Ilustración

Artística



Año XXXV

BARCELONA 25 DE DICIEMBRE DE 1916

Núm. 1.826

OBRAS NOTABLES DE LA PINTURA FRANCESA MODERNA



HIDALGO ATUSANDOSE LOS BIGOTES,

cuadro de J. L. Meissonier que se conserva en el Museo del Louvre, de París

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos a los señores suscritores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el quinto y último tomo de los correspondientes a la serie de 1916, que es

VIDA Y SEMBLANZA DE CERVANTES
por Miguel Santos Oliver.

En el asunto del libro y en el nombre de su autor está el mejor elogio que de esta obra puede hacerse: la personalidad de Cervantes, interesante como pocas, grande como ninguna, ofrece especial atractivo por su existencia, llena de encantos, de episodios dramáticos y de adversidades conmovedoras; y en cuanto a D. Miguel Santos Oliver, a su reputación y autoridad bien reconocidas en el mundo literario, reúne la circunstancia de haberse dedicado, desde hace mucho tiempo, a los estudios cervánticos desde un punto de vista humano y sincero.

El tomo va ilustrado con grabados, reproducciones, facsímiles, etc., sitios, monumentos y textos relacionados con Cervantes y sus obras.

SUMARIO

Texto. — *De Barcelona. Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *San Antonio*, por José Abelardo. — *La guerra europea*. — *Madrid. Fiesta celebrada en el Teatro de la Zarzuela a beneficio de la Asociación de la Prensa*. — *Ruinas*, por Adolfo Ribaux. — *Libros*. — *En el Japón. Una peregrinación al volcán de Fuyi*.

Grabados. — *Hidalgo atusándose los bigotes; En el taller del pintor*, cuadros de Meissonier. — Dibujo de Mas y Fondevila, que ilustra el cuento *San Antonio*. — *La triple japonesa: Sra. Tamaki Miura*. — *La guerra europea*. — *Madrid. Cuadros que figuran en el Museo del Prado*. — *Aplacando la sed*, cuadro de J. Vermeer. — *La pastorcita*, cuadro de J. F. Millet. — *Madrid. Fiesta a beneficio de la Asociación de la Prensa*. — Dibujo de Tamburini, ilustración al cuento *Ruinas*. — *Santa Cecilia*, cuadro de J. Kronberg. — *El volcán de Fuyi*. — *Una consulta interesante*, dibujo de V. Carreres.

DE BARCELONA. — CRÓNICAS FUGACES

Ha bastado que sonara en el mundo la palabra «paz» para que, de un extremo a otro de la tierra, prestasen oído atento las muchedumbres espectadoras de la horrible matanza. Tan hondo es el anhelo de paz, tan fatigada se muestra la sensibilidad de nuestra especie, que bastó para llenar de júbilo a los hombres esa combinación de tres letras estampada en un documento oficial, proferida solemnemente en una asamblea. La idea se impuso a la realidad y la magia del vocablo triunfó por un instante de todas las razones y cautelas que aconsejan en este caso no abrirse a la esperanza desmesuradamente y con precipitación.

Porque en el choque espantoso que contemplamos hace ya dos años y medio, ocurre que las mismas pérdidas, el mismo estrago, el mismo horror que debieran ser causa de flaqueza para los contendientes y origen de esa paz anhelada, se han convertido en estímulos de prosecución y resistencia a todo trance. Son hasta ahora los muertos quienes disponen de los vivos. «¿Qué — se preguntan —, hubieran tantos patriotas ofrecido su vida generosamente, o afrontado los mayores peligros y las mayores adversidades, para que viniese a terminar esa guerra maldita como un juego cualquiera, por cansancio de alguna de las partes y sin conseguir el objetivo que se propusieron los unos o los otros?» Desde el reino de las sombras caería sobre los vivos la maldición de tres millones de hombres que vertieron ya su sangre por la patria, por los ideales y las vindictas en la patria simbolizados. La suerte del mundo, la hora de la paz, no es algo de que, dentro de esa lógica, puedan disponer por sí mismos y de una manera exclusiva los sobrevivientes: es, por el contrario, algo de común e indiviso entre los que perecieron ya y los que han preservado su existencia; y la formidable legión de los desaparecidos pesa en la balanza con extraordinario poder. He aquí una de las razones, acaso la decisiva, para que la paz no sea todavía una realidad próxima ni muy probable, si no llega por definitivo rendimiento de alguno de los grupos que luchan. Todo el género humano aconseja misericordia y piedad a esos grupos; pero desde el más allá, tres millones de voces claman venganza a sus hermanos de nación y de estirpe, acallando las sugerencias del egoísmo, de la comodidad, de la ventura de los pueblos y de los individuos.

Con ese espejismo o falsa promesa de la paz han coincidido las ferias de Santa Lucía, tan características en Barcelona. El contraste que semejante tradición presenta con el momento actual del mundo y con la inaudita tragedia de que es teatro, no puede ser mayor ni más hondo: la suma inocencia, el sumo candor de la niñez al lado de la máxima ferocidad. ¡El Nacimiento y el campo de batalla!

Yo gusto de perderme entre las mesas y puestos de pastorcillos para contemplar esas creaciones de la inspiración popular que interpretan y estilizan los anhelos del alma infantil, sedienta de lo puro y de lo extraordinario. Alineados en sus pequeñas grade-

rias, toda una minúscula población de pastores, cabrerizos, leñadores, hilanderas, corderillos, reyes magos, patriarcas de barba luenga, camellos gibosos imaginariamente cargados con todos los dones del Oriente, ostentan la nitidez de sus colores, recién salidos del taller, oliendo a barniz y a frescura. Son los símbolos de la vida simple y feliz, de las primeras edades del mundo; el reino encantado de los puros y mansos de corazón, de los humildes, de los fervientes. La campesina que reparte su avena a la pollada; el labrantín que abre su surco guiando a la yunta por la sementera ideal; la mozueta que lava su ropa en el río, como Nausica, o el zagal con su zurrón y su zampona: visiones primitivas, tipos sencillos y primarios de la existencia.

Lo eterno, lo fundamental, lo necesario de la existencia: he aquí cuanto seduce a los niños y mueve la imaginación de los artistas que sirven esa sed de ideal. En las representaciones de la cueva de Belén no aparece la vida urbana y culta, sino la pobre y pastoril. Jamás figura el palacio en sus perspectivas; en todo caso la ruina, el capitel caído, el arco roto. Es la sociedad de los bienaventurados, el mundo sin hiel, el patriarca que discurre fraternalmente con el porquerizo, y el Rey de Reyes viniendo a la vida terrena entre gente rústica y sencilla. Es el imperio de la paz entre los hombres de buena voluntad, la gloria del Señor en las alturas...

¡Ah! ¡Y cómo se saborea la dulce poesía de los Nacimientos, en la feria tradicional, de las plazas vetustas, junto a los templos ennoblecidos por el paso de cinco siglos; cómo se saborea, ahora, esa versión de la existencia primitiva y del reino de la pureza, pensando en los horrores del campamento, de la trinchera, del hospital! Aquí se plantea y se siente todo el problema de la felicidad humana: si depende de la complicación o de la sencillez, si está en los pretendidos progresos que, a su vez engendran nuevos dolores y conflictos, o se halla en la paz del espíritu, en la templanza, en la abstención, en lo que llamaron sabiduría los antiguos. Con ésta serán tres las noches de Navidad que habrán pasado bajo la lluvia, sobre el fango de los atrincheramientos, tantos millares de hombres avezados antes por la engañosa dulzura de la civilización, a creer que eran imposibles esas conflagraciones de que se hablaba como de un tema académico; tantos millares de hombres que tenían un hogar, una familia, un cúmulo de afecciones, unos pequeñuelos a quienes sorprender y fascinar con los regalos de fin de año y con las consejas y tradiciones del gran día... ¿No es el progreso, el mentido progreso que les ha llevado a la discordia y les ha armado de los más poderosos medios de destrucción que hasta ahora se han conocido en el mundo?

Otra solemnidad especialísima ha venido enlazada este año con la feria tradicional: la solemnidad de los ciegos. Se trata del legado que una dama caritativa dedicó a ser repartido entre los pobres que al mismo tiempo estuviesen privados del don precioso de la vista. Para preparar la distribución de la parte del donativo que correspondió a los ciegos de Barcelona, se hizo una indagación por parroquias y pudo obtenerse el censo aproximado de aquéllos. Convocados por el Obispo de la diócesis, acudieron a la iglesia de Santa Ana donde se les instruyó de las formalidades que debían llenar y de la forma en que les sería entregada la suma correspondiente: ciento setenta y cinco pesetas a cada uno... Y el espectáculo de esa reunión, y el de la entrega que se verificó días más tarde, revistió una gravedad y un sentido que, hace quince años, en plena boga del simbolismo o de la poesía gnóstica de Maeterlinck, no hubieran desaprovechado los místicos del silencio y de la tiniebla.

Yo los vi casualmente llegar a la reunión guiados por su lazarrillo o guiándose unos a otros, los semiciegos a los ciegos, en largas teorías como de visión medioeval: hombres y mujeres, ancianos y niños, éstos con las cuencas vacías, estotros con las pupilas heladas e inmóviles, recordando la ceguera de las estatuas antiguas; risueños unos; graves y cegijuntos los demás y todos con expresión hierática o, mejor dicho, con la falta de expresión en que deja al rostro humano la parálisis del órgano visual. El espectáculo de esa aglomeración bajo la bóveda del templo: todos los ciegos de la ciudad, todos los condenados al reino de la obscuridad perpetua, con su vida de perenne introspección, con sus cavilaciones y su soñar continuo, flotando como una sombra más en el océano de sombra que les envuelve y anega, ¿no es verdad que ese espectáculo pertenece al mundo imaginario de aquellos terribles evocadores que se llamaron Dante en el siglo XIV o Edgardo Poe en la centuria pasada?

Mientras tanto la Junta de Damas de Barcelona, persistiendo en su iniciativa del año anterior y animada por el buen éxito que entonces obtuvo, dispuso para el presente otra serie de conferencias, el producto de cuyas entradas destina a los fines de beneficencia que tan ilustre corporación tiene a su cargo. Esta vez fueron los conferenciantes el eminente orador y poeta D. Juan Alcover, de quien se habló no hace muchos meses en esta misma página; el Sr. Bofill y Matas, poeta también distinguidísimo y orador celebrado, y la fuerte escritora montañesa doña Concepción Espina, en la cual tiene briosa y rejuvenecida continuación la escuela de los novelistas cántabros.

Estas conferencias han constituido también este año un acontecimiento literario y social de la mayor importancia y sin duda habrán contribuido a arraigar como costumbre para lo futuro esa forma de atraer gente con un fin de caridad, sin profanar la caridad con devaneos mundanos o con frivolidades que no casan con el propósito. Creemos que las «conferencias de diciembre» pueden ya quedar como algo definitivo en las normas del gran mundo, de Barcelona, prestándose a ampliaciones o variaciones de gran interés y constituyendo un lazo de unión entre la elegancia y la cultura que, al fin y al cabo, no es más que elegancia de espíritu. Por desgracia, ha sido la «cultura», durante mucho tiempo, un monopolio de las izquierdas más extremadas, por no decir de la demagogia y la revolución, no pareciendo si no que sólo dentro de ellos cabían la inteligencia, la literatura, la oratoria; y es hora de que se las apropien también, con nobles fines, esos otros públicos, esas otras zonas de la política y la sociedad a las cuales no solía llegar su influjo.

El «Orfeo Catalá», celebra actualmente, con unos conciertos históricos, el veinticinco aniversario de su fundación, habiendo publicado también, con el mismo motivo, un interesante *historial*, con infinidad de ilustraciones gráficas, que abrazan casi toda la vida externa de la expresada institución, desde sus modestos comienzos en 1891 hasta la hora presente, desde su instalación como de limosna en el Fomento Catalanista hasta el estreno de su gran Palacio y sus expediciones triunfales a Madrid, a París y a Londres.

Es el «Orfeo» como el más alto ejemplo y como el fruto más sazonado del espíritu de continuidad, no ya en Barcelona, sino en toda la península. Es el ímpetu hecho constancia y la constancia resolviéndose en ardor de cada día, de cada hora y de cada minuto. Su juventud estuvo impregnada de insistencia, como en un anticipo de la madurez, y su madurez conserva todo el prestigio, toda la frescura de la juventud. La vocación anda en esa obra aunada con la competencia; es un feliz maridaje de la energía y la capacidad; un esfuerzo sostenido y siempre ascendente, sin desviaciones, sin intermitencias ni desmayos.

No sólo en la historia de la música merece figurar la del «Orfeo»; puesto señalado le correspondiera también en una historia de la iniciativa social, en un tratado místico de la fundación por el amor de Dios, como obra de arte en sí misma y como acto de fe: la fe del maestro Millet. Se ha hablado poco, seguramente, con haberse hablado tanto, de esa personalidad impregnada de sentido religioso, que hizo de su vida y de su labor y de su palabra, a la manera de Maragall, un ministerio constante y como una confesión perenne de lo sobrenatural en medio de las impurezas y vulgaridades de la vida cotidiana.

Porque a esas excelencias de la tenacidad, de la capacidad y de la exaltación mística corresponde también, como resumen, un anhelo de perfección: el ansia de lo supremo. Sí; Millet y sus cantores pusieron la mirada en la cúspide; ambicionaron lo máximo, lo absoluto. O no cantar o cantar como quien haya cantado mejor en la tierra. O todo o nada... Nada de relatividades, de transigencias, de sumisiones a criterios de localidad y proporción; lo grande, lo insuperado. Y el milagro se consiguió, y la obra respondió desde el primer día a esas ambiciones, asegurando a Cataluña y España el pleno dominio de la internacionalidad en las disciplinas artísticas que le son especiales.

He aquí un alto ejemplo de «reconstitución» patria. Si todo el mundo se acercase a su tarea con esa preparación y ese anhelo; si el estadista, y el caudillo, y el profesor, y el industrial, y el operario, se entregasen a su obra con el fervor religioso de esa colectividad de cantantes, entonces podríamos decir que el problema español estaba resuelto y que de rezagados o de serviles copistas pasábamos a colaboradores activos de la civilización.

MIGUEL S. OLIVER.

SAN ANTONIO, POR JOSÉ ABELARDO, DIBUJO DE MAS Y FONDEVILA



Adelaida distribuye cinco objetos entre los cinco huerfanitos...

Adelaida tenía gran devoción a San Antonio. Le rezaba todas las noches al acostarse, todas las mañanas al levantarse, todos los domingos y días festivos en la Iglesia. San Antonio era su obsesión; un Padrenuestro, dos, tres..., ¡qué sé yo!.

Adelaida tenía unas ganas atroces de novio. Nunca lo había tenido. Contaba apenas dieciséis años, y era una muñequita encantadora de labios de rubí y cabellos de oro.

Sus amiguitas tenían novio. Ella no. Sus amigui-

tas *pelaban la pava*. Ella no. Sus amiguitas escribían cartas en papel perfumado. Ella no. Sus amiguitas, en fin, eran feas, muy feitas las pobres..., y ella no. ¡Tenía una rabia! A veces se disgustaba con el Santo.

— Pero San Antonio de mi alma, ¿por qué me abandonas?

Y al acostarse, enfurruñada con el Santo, le reñía:

— No, no te rezaré más, tú no eres un Santo bueno; si lo fueras, me querías más. Aunque sólo fuera por lo que te quiero yo.

¡La muy picarueta! ¡Habriase visto descaro más grande! ¡Qué había de querer al Santo! Lo que quería ella era un novio; nada más que eso. Díraselo San Antonio en buen hora, y ya no se acordaría de rezarle con tanta frecuencia. Pero el Santo no se incomodaba nunca — por algo era Santo — y la recibía siempre con el niño Jesús en los brazos y una dulce sonrisa de bondad que parecía una esperanza.

Un domingo, Adelaida se levantó con un humor de todos los demonios. Sus amiguitas habían sor-

prendido el secreto de sus devociones y empezaron a gastarle bromas y bromas que no la dejaron dormir tranquila aquella noche. Y Adelaida se marchó a la Iglesia dispuesta a terminar con el Santo, si San Antonio no se decidía a complacerla.

— Mira, Santo mío, rogó Adelaida. Quiero un novio, un novio guapo, joven y simpático, para dar rabia a todas mis amigas. ¿Te has enterado, bendito San Antonio?

Luego Adelaida rogó devotamente, fervorosamente, se confesó, volvió a rezar y, al fin, como si se tratara de una cosa naturalísima, dirigió un ultimátum a San Antonio:

— Hoy es el último día que te rezo; si de hoy al domingo que viene no se me presenta *quien tú sabes*, no me verás más... Iré a rezarle a Santa Rita. ¡Ah! Y además te desacreditaré. ¡No faltaba otra cosa! ¿En qué quedamos? ¿Haces o no haces milagros?

Y Adelaida, satisfecha, olímpica, pero con su miñita de miedo y de temor al Santo, se alejó de la Iglesia y tomó el camino de su casa.

* * *

En la vieja plaza de aquella severa capital de Castilla, junto a un farol muy grande y muy destaralado, había un hombre de mediana estatura, más bien bajo que alto, de abultado abdomen y cara mofletuda. Contaría de treinta a treinta y cinco años, y vestía con pulcritud, pero sin pretensiones de elegancia. Era forastero, no cabía duda, y por su actitud, parecía esperar a alguien.

Una cara nueva, en una ciudad vieja, se nota inmediatamente y despierta la atención de todo el mundo. Adelaida lo observó rápidamente, con esa curiosidad pueblerina inconfundible que se adquiere en presencia de algo extraño. Venía Adelaida por la acera del farol donde aguardaba el caballero, y éste le cedió el paso con galantería; pero no pudo ocultar su admiración por la linda muñequita que pasó haciendo una leve inclinación de cabeza, y el caballero pronunció algunas palabras en voz baja, tal vez un piropo. Después, con marcado disimulo, siguió tras ella. Adelaida se percató de su seguimiento y apretó el paso.

Cuando llegó a su casa estaba nerviosa. Por fin, ¡ya le perdió de vista!.. En su estancia hacía un calor asfixiante; abrió el balcón; respiró con deleite el aire que venía de la calle. Se asomó al balcón... ¿Era posible?... ¿Estaba en la esquina aquel camastrón que podía ser su padre?... Adelaida cerró el balcón de un golpe, furiosa, frenética, y se encaró con la estampa de San Antonio colgada de la pared:

— ¡Pero San Antonio! Esto es intolerable. ¿Es que estás burlándote de mí? ¿Has sido capaz de enviarme, después de un año de oraciones y ruegos, un tipo semejante?

Y Adelaida rompió a llorar estrepitosamente. Luego, más calmada, volvió a salir al balcón; ya se había ido aquel mostrenco. Adelaida suspiró satisfecha. ¡Gracias a Dios! ¡Valiente alhaja le deparaba San Antonio!

* * *

Aquel señor era el nuevo recaudador de contribuciones de la provincia, viudo hacía cerca de dos años.

Las amiguitas de Adelaida, sabedoras por la interesada de lo que había ocurrido, no perdieron ocasión de bromear con la muchacha, que estaba ciega de ira con San Antonio y con todo el mundo.

El caballero debía vivir cerca de su casa, porque todos los días, a las horas de comer, le veía cruzar por debajo de su balcón. Y la muy tontuela, en vez de ocultarse, estaba en el balcón siempre que el caballero pasaba.

Menos mal que el resto del día no le tropezaba nunca; pero de todos modos, la mirada furtiva que al cruzar le lanzaba el caballero la desesperaba. Y se hubiese vuelto loca si no tuviese en su cuarto la imagen del Santo, ante la que descargaba toda su furia.

Transcurrió toda la semana sin que Adelaida, ni por casualidad, rezase al Santo; y el domingo, muy de mañana, se dirigió a la Iglesia con el firme propósito de concluir de una vez con San Antonio.

Allí estaba el Santo, metido en su vitrina, con su vestido pardo y el niño Jesús en los brazos, sonriendo como siempre.

Adelaida se sintió sin fuerzas para rebelarse y oró con más fervor que nunca:

— Sé bueno, Santo mío, sé bueno, que te quiero mucho.

Tal vez fué ilusión suya, pero le pareció que el Santo movía la cabeza y que el niño Dios le sonrió de manera especial. Adelaida terminó sus oraciones y humilde y resignada salió del templo con la esperanza de aquella sonrisita que creyó ver en el niño Jesús.



La notable tiple japonesa Sra. Tamaki Miura que hace poco representó en Londres la ópera de Puccini *Madama Butterfly*, retrato pintado por F. Beresford y expuesto en la Real Sociedad de Retratistas.

Cogida del brazo de sus amigas paseaba Adelaida aquella tarde por una calle de la ciudad, convertida hacía muchos años en sitio de paseo. A uno y otro lado de la calle, ancha y hermosa, se extendían los toldos de los cafés pueblerinos, y a la puerta, sentados pacíficamente bebiendo el café, veíanse numerosos parroquianos. Por una esquina apareció la figura de D. Leandro, el recaudador de contribuciones. Adelaida no lo advirtió, pero sus amiguitas le vieron en seguida y creyeron oportuno hacérselo notar.

— ¿No lo ves? Es él.

¡Dichoso hombre! Adelaida oprimió nerviosamente el abanico y volvió la cabeza en sentido opuesto al en que avanzaba D. Leandro.

— Mira, Adelaida, mira qué cosa más graciosa. Mira lo que te manda San Antonio.

Y entre las carcajadas de sus amiguitas, Adelaida miró a D. Leandro. Venía éste rodeado de una catterva de pequeñuelos. Cinco criaturitas divinas, todas rubias, todas blancas, como gotas de leche, y vestidas de negro. D. Leandro llevaba de la mano al menor, un mocoso de dos años, lindo como un lucero; a sus lados venían otros dos, de poco más tamaño, y delante, como vanguardia, dos niñas preciosas; dos azucenas vestidas de luto.

D. Leandro avanzaba orgulloso entre aquella *troupe* de angelitos del cielo, y Adelaida se acordó repentinamente del niño Jesús.

Los niños asaltaron la mesa de un café con una deliciosa algarabía de pájaros libres, y D. Leandro, presidiendo la mesa, parecía un patriarca.

D. Leandro era un padrazo.

¡Debía ser muy bueno D. Leandro! Sus ojos adquirían una expresión tan dulce, tan suave..., y reía con sus niños tan feliz...

Adelaida se puso seria. En uno de sus paseos su mirada se cruzó con la del caballero, y le pareció que los ojos de D. Leandro trataban de resistir la fuerza de las lágrimas. Aquel señor tan bueno, puesto en ridículo por sus travesuras de muchacha, y rodeado de aquellos niños sin madre, le dió pena a

Adelaida. Y el recuerdo del niño Jesús no se apartaba de su memoria. ¿Por qué no había de ser ella la madre de aquellas criaturas?..

Al volver a su casa, Adelaida se reconcilió con San Antonio y le rezó con más fervor que nunca.

D. Leandro ya no le parecía como antes.

La reconciliación con San Antonio era un hecho.

* * *

Un jardín con altos tapias en una casa pueblerina. Un pequeño estanque en el centro, con una fuentecilla en el centro del estanque, y al remate de la fuentecilla, un amorcillo. El sol, que está poniéndose, deja sobre los tapias un color de oro viejo muy decorativo. Tras las enredaderas que suben caprichosamente por los tapias, corren nerviosas las lagartijas. Y las aguas del estanque destacan un fondo verde oscuro bajo la límpida superficie líquida, que está quieta y parece de cristal. Sobre la superficie dejan caer su sombra enigmática una docena de cipreses que rodean el estanque. Desde uno de ellos descarga como un torbellino el canto inquietante y evocador de los ruiseñores.

Va haciéndose la sombra en la paz mística del jardín pueblerino.

En una de las calles, sobre una mesa rústica coloca el mantel una moza fea de líneas redondas, y sobre el mantel, poco a poco van apareciendo los platos, los cubiertos, las servilletas, las copas, las botellas. Se acerca la hora de cenar y estamos en los preparativos.

Esta noche se prepara un gran festín. D. Leandro quiere conmemorar la fecha, porque el día que nos ocupa hace un año que cenaron juntos D. Leandro, su prole y Adelaida.

La paz del jardín se ve de pronto turbada por un coro de risas infantiles que avanzan por entre las sendas estrechas donde, a un lado y a otro, rompen los rosales en flor.

Y aparecen junto al estanque todos; los tres pequeños, las dos pequeñas, y rodeada de los cinco muñecos, Adelaida, vestida de largo, con el moño recogido para parecer más seria, aunque sin conseguirlo. Sólo falta D. Leandro, que ha quedado despidiéndose de unos amigos a la puerta de la calle.

Adelaida está como hace un año. Nada ha cambiado en ella, ni la formalidad. Ahora juega con los pequeños, y les enseña un paquete diminuto, envuelto en papel de seda, que ofrece a los pequeños como las máscaras del *higui*, en el Carnaval, ofrecen las frutas que penden del hilo de la caña.

— Con la boca sí, con la mano no.

Los chicos dan saltos para apoderarse de la presa, que ella defiende alzando el brazo diestro, mientras ríe como una locuela.

— Vamos, basta, os lo daré cuando venga papá.

Los chicos no quieren; están intrigados con aquello que les enseña la *mamá*, y que no adivinan.

La voz de D. Leandro que les llama se deja oír. Adelaida corre, y los pequeños la imitan.

— Que no nos coges, dice Adelaida.

— Que no nos coges, repiten a coro los muñecos.

Y allí va D. Leandro, con su vientre inmenso y su cara redonda, goteando sudor, corre que te corre detrás de la prole que, más ligera de piernas, se permite la broma de dejarlo llegar hasta ellos para luego volver a correr.

Por fin acaba el juego.

D. Leandro, rendido, se sienta junto a la mesa preparada para cenar, y el grupo jugueteón se va acercando.

Al llegar a la mesa, Adelaida deshace el paquete.

— ¿A qué no sabes lo que es esto?

D. Leandro la mira beatíficamente. Tampoco él sabe qué encierra aquel paquete envuelto en papeles de seda.

Adelaida distribuye cinco objetos entre los cinco huerfanitos, que saltan alborozados y van a enseñárselos a papá.

Son unas lindas medallas de oro con la imagen de San Antonio, pendientes de unas finísimas cadenas.

La comida humea sobre los blancos manteles. Cantan en los cipreses los ruiseñores. Las campanas de la iglesia, aquella iglesia donde Adelaida rezaba, tocan el Angelus.

Como en las dulces casas tradicionales, después de persignarse todos, los labios infantiles contestan a D. Leandro, que reza el Avemaría.

Luego, en la mística paz del jardín pueblerino, D. Leandro besa uno por uno a todos sus muñecos encantadores.

Y a ella también, a ella también la besa, como si fuese una muñeca más.



EN EL TALLER DEL PINTOR, cuadro de Meissonier que se conserva en el Museo del Louvre, de París

Meissonier ha sido uno de los más celebrados pintores franceses del siglo XIX. Dotado de un talento original, adoptó un género distinto del que, en su tiempo, se cultivaba y se dedicó a pintar cuadros de muy reducidas dimensiones que, por la verdad de las figuras, la limpieza del trazo, la precisión de los detalles y el cuidado extraordinario de la ejecución, recordaban las obras de los flamencos Terburg, Van Ostade y Mieris.

«En Meissonier — escribía Carlos Blanc comentando la hermosa colección de obras que exhibió en la Exposición Universal de 1878 — la poesía está por entero en la verdad, pero una verdad que para otros pasaría inadvertida y que él recoge merced a una observación refinada. Cada uno de sus personajes lleva el carácter de su país, expresado con la mayor viveza y tiene el aire peculiar de la provincia en donde ha nacido. Se ha comparado el ojo de Meissonier al

objetivo de un fotógrafo; pero lo que no se ha dicho es que tiene también un instrumento fotográfico en el espíritu.

»Contrariamente a la máquina, que a semejanza de los niños mal educados os reproduce lo que no le pedís, Meissonier hace una severa selección entre los detalles y no deja uno que no contribuya a la significación del cuadro. En esto estriba su superioridad; por esto es inimitable.»

Meissonier no se limitó a un solo género ni a una época determinada; desde el siglo XVIII pasó al Imperio y de éste al tiempo presente; y con la misma acilidat pintó un interior que una escena al aire libre, un grupo de petimetres o de artistas que los regimientos napoleónicos luchando en los campos de batalla.

LA GUERRA EUROPEA. (Fotografías de M. Branger.)



En el frente francés del Somme. - Batería de cañones de 120 durante una acción

Teatro de la guerra de Occidente. - Los franceses han obtenido en la región de Verdún una nueva e importante victoria que les ha permitido adelantar sus líneas tres kilómetros en una extensión de diez. En efecto, después de una intensa preparación de artillería, han emprendido una serie de ataques que les han puesto en posesión de varias trincheras, de las granjas Les Chambrettes, de las obras fortificadas de Hardaumont y Bezonvaux, del pueblo de este último nombre y de los de Vacheranville y Louvemont, habiendo luego rechazado con éxito los contraataques intentados por los alemanes para recuperar estas posiciones. Además han rechazado ataques contra las trincheras del bosque de Loges, en la región de Lassigny; contra las posiciones de la altura de Poivre, y contra las trincheras situadas al Sur de Fresnes; y en el Argonne, merced a un golpe de mano dirigido contra un saliente enemigo al Norte de Four de París, han podido destruir los trabajos de minas del adversario.

Los ingleses han realizado con éxito varios *raids* al Este de Neuville-Saint-Vaast y al Este de Armentières; han rechazado a los alemanes que intentaban penetrar en las trincheras situadas al Este del último pueblo citado; han rechazado asimismo un ataque al Norte de la altura 60, en la saliente de Iprés; y han penetrado en las trincheras enemigas cerca de Rensart y al Sudoeste de Wyschaete.

Los alemanes reconocen haber tenido que evacuar los pueblos y las posiciones de que, según dejamos dicho, se han apoderado los franceses; han rechazado los intentos de éstos de reconquistar las trincheras de la altura 304, al Sudeste de Malancourt; han rechazado ataques contra Le Four de París (Argonne) y contra las posiciones del vértice situado al Norte del pueblo de Bezonvaux; han penetrado en la segunda línea inglesa al Sudeste de Zillebecke; y han contenido un intento de avance de los ingleses en Hannes Camps, al Norte del Ancre.

Teatro de la guerra de Oriente. - Los rusos han rechazado una ofensiva al Sudeste de Kieselín, un intento de avance en la región de Zuvilino y varios ataques a ambos lados del ferrocarril de Zloczow-Tarnopol y en dirección de Kovel; han recuperado una parte de trinchera que les habían tomado los alemanes en la región de Malypork; y en la región al Este de Koniukhi se han retirado de la primera línea de trincheras.

Los alemanes han penetrado en las trincheras rusas al Norte del ferrocarril de Zloczow-Tarnopol; han tomado una posición enemiga, en una extensión de 600 metros, al Norte de la línea férrea de Kovel-Luzk; han realizado con éxito varios reconocimientos en el frente de Soloniska; y han rechazado ataques en Illuxt, al Noreste de Luzk, en Augustowska y al Sur de Zborov.

Italianos y austriacos. - En este frente no ha habido más que luchas de artillería.

En Macedonia. - Los aliados han tomado cinco pequeños puestos búlgaros en la orilla derecha del Vardar y han rechazado ataques en el frente del Struma.

Los germanobúlgaros han rechazado ataques en ambas orillas del Cerna y contra las posiciones búlgaras situadas al Este de este río.

En Rumania. - Los rusorumanos han recuperado algunas posiciones en los Cárpatos forestales; han ocupado las crestas de algunas colinas en el valle de Uz y varias alturas al Este del pueblo de Glasshutte; y han contenido los intentos del

enemigo de vadear el Bystritza en la región de Stesupol; han rechazado una ofensiva en el valle del río Oytuz, en la frontera de Moldavia, y varios ataques en los Cárpatos forestales, al Oeste y al Sudoeste del Buceu, contra las trincheras de Raifaloff, en la región de la carretera Buceu-Romniku-Sarat, y

terial comience inmediatamente y se lleve a cabo lo más rápidamente posible. Añade la respuesta que el gobierno tiene la mejor voluntad para conceder las reparaciones legítimas por los accidentes desgraciados e inesperados ocurridos en Atenas entre las tropas aliadas y las fuerzas griegas; expresa su esperanza de que las potencias de la Entente revocarán su acuerdo de bloquear las costas e islas griegas; y termina manifestando el deseo sincero del gobierno y del pueblo de Grecia de ver confirmadas lo antes posible las excelentes relaciones tradicionales con las cuatro potencias y la estrecha amistad basada en la recíproca confianza.

En cumplimiento de estas promesas, el día 17 de este mes comenzó el traslado de las tropas griegas de la Tesalia y Epiro al Peloponeso.

Reorganización del alto mando francés. - Como consecuencia de la reforma ministerial llevada a cabo en Francia, ha sido reorganizado también el alto mando del ejército. El general Joffre ejercerá las funciones de general en jefe, y como consejero técnico del Comité de Guerra presidido por Briand, habrá de examinar el conjunto de todos los frentes aliados y será también presidente del Consejo de los aliados.

El general Nivelle, que estaba al frente de los ejércitos que operan en Verdún, ha sido nombrado general en jefe de los ejércitos del Norte y del Nordeste y tendrá por colaboradores a los generales Castelnau y Foch.

La proposición de paz. - Los gobiernos aliados no han contestado aún oficialmente a la nota de las potencias centrales proponiendo entrar en discusiones para la negociación de la paz; pero de los discursos pronunciados en los respectivos Parlamentos por los jefes de aquéllos se desprende fácilmente que la proposición será unánimemente rechazada, pues todos los pueblos que forman la Entente están resueltos a proseguir la lucha hasta obtener un triunfo completo.

Como expresión del espíritu que anima a los aliados y que seguramente informará su respuesta, copiamos los siguientes párrafos que ante la Cámara de los Comunes pronunció el primer ministro inglés Lloyd George, en la sesión del 19 del actual:

«Esta nota alemana no contiene ninguna condición de paz. Discutir proposiciones que no conocemos sería para los aliados pasar la cabeza por un nudo corredizo del que Alemania tendría el cabo.

«Los aliados estiman que deben saber, antes de aceptar tales negociaciones, que Alemania está dispuesta a acceder a las únicas condiciones que pueden dar la paz a Europa y garantizarla.

«Abandonar tal guerra sin alcanzar el fin que perseguimos, sería una cobardía; una paz que no implica una reparación, es imposible...

«Los aliados continuarán poniendo su confianza en sus ejércitos y no en las palabras de un adversario que ha faltado ya a sus compromisos.»

Una nota de los Estados Unidos. - El gobierno de Washington ha enviado a los países beligerantes y neutrales una nota cuyo texto íntegro no se conoce todavía cuando escribimos estas líneas. Según parece, se exige en ella a los beligerantes que digan por qué prosiguen la guerra y qué esperan para concertar la paz, y se afirma que los neutrales, puestos por la guerra en trance de ruina, no pueden permitir que aquélla continúe de un modo caprichoso, con fatales resultados para los que ninguna parte tienen en ella.



El Sr. Pokrowski, nuevo ministro de Estado de Rusia que ha pronunciado un discurso rechazando enérgicamente las proposiciones de paz hechas por Alemania

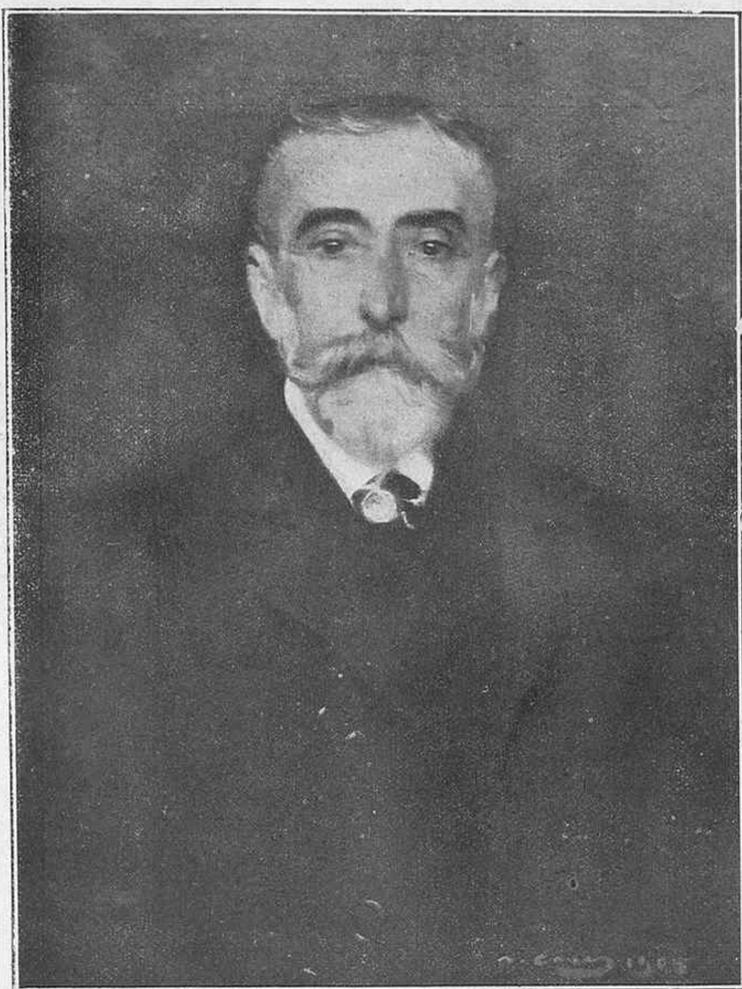
en el ferrocarril al Sur de la estación de Filipesti. En todo el territorio rumano, los rusorumanos se han ido retirando sucesivamente ante el avance del enemigo, que ha ocupado toda la Gran Valaquia.

Los austrogermanobúlgaros han continuado avanzando rápidamente, encontrándose en la actualidad a poca distancia de Braila y de Galatz. Han franqueado el Jalomitsa cerca de Receanu, al Norte de Bucarest; se han apoderado de Urcieni, Mezilu y Buceu; han llegado a la carretera Buceu-Romniku-Sarat y a la llanura del Calmatniul; y han atravesado este río y el Buceu, pasando en un ancho frente el sector de este último.

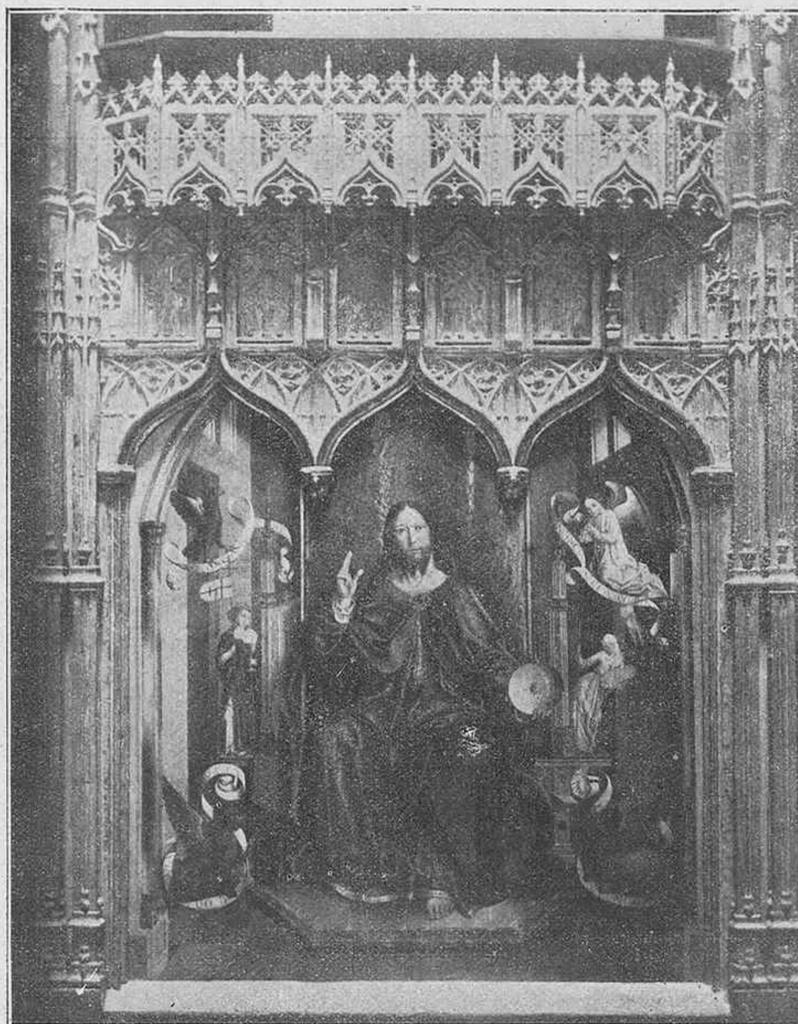
En los Cárpatos forestales, han rechazado ataques en la cordillera Gyergy y en el valle de Trotusul, y han avanzado a orillas del Cimbuslaw; y en la Dobrudja, han llegado hasta muy cerca del territorio forestal situado en la parte Norte de la comarca, rebasando la línea Babadag Pecineaga.

Grecia y los aliados. - A la nota *ultimatum* que los embajadores de Inglaterra, Francia, Rusia e Italia entregaron al gobierno griego y a la que nos referíamos en nuestra crónica anterior, ha contestado aquél aceptando todas las peticiones en la misma contenidas y manifestando haberse dado las órdenes oportunas para que el traslado exigido de tropas y ma-

MADRID. — CUADROS QUE FIGURAN EN LA VALIOSA COLECCIÓN LEGADA AL MUSEO DEL PRADO POR EL ILUSTRE PATRICIO D. PABLO BOSCH Y QUE HA SIDO INSTALADA EN DOS SALAS DE AQUÉL, RECIENTEMENTE INAUGURADAS. (Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



Retrato de D. Pablo Bosch, pintado al óleo por Ramón Casas



Cristo glorificado, tabla de Fernando Gallegos (siglo XVI)

En el número último dimos cuenta de la inauguración de las dos salas en donde se han instalado los cuadros, monedas y medallas legadas al Museo del Prado por el ilustre patricio y afamado coleccionista D. Pablo Bosch. De este legado, cuyo valor se calcula en unos tres millones de pesetas, forman parte los cuadros que en esta página reproducimos junto con el hermoso retrato del generoso donante pintado por Ramón Casas.

Los cuadros legados por el Sr. Bosch, según la cláusula testamentaria otorgada por éste, han de estar reunidos durante veinticinco años, transcurridos los cuales la Dirección y el Patronato del Museo podrán colocarlos diseminados entre los demás lienzos de las distintas salas, siempre que se diga en una tablita, debajo de cada uno, que procede del legado Bosch.

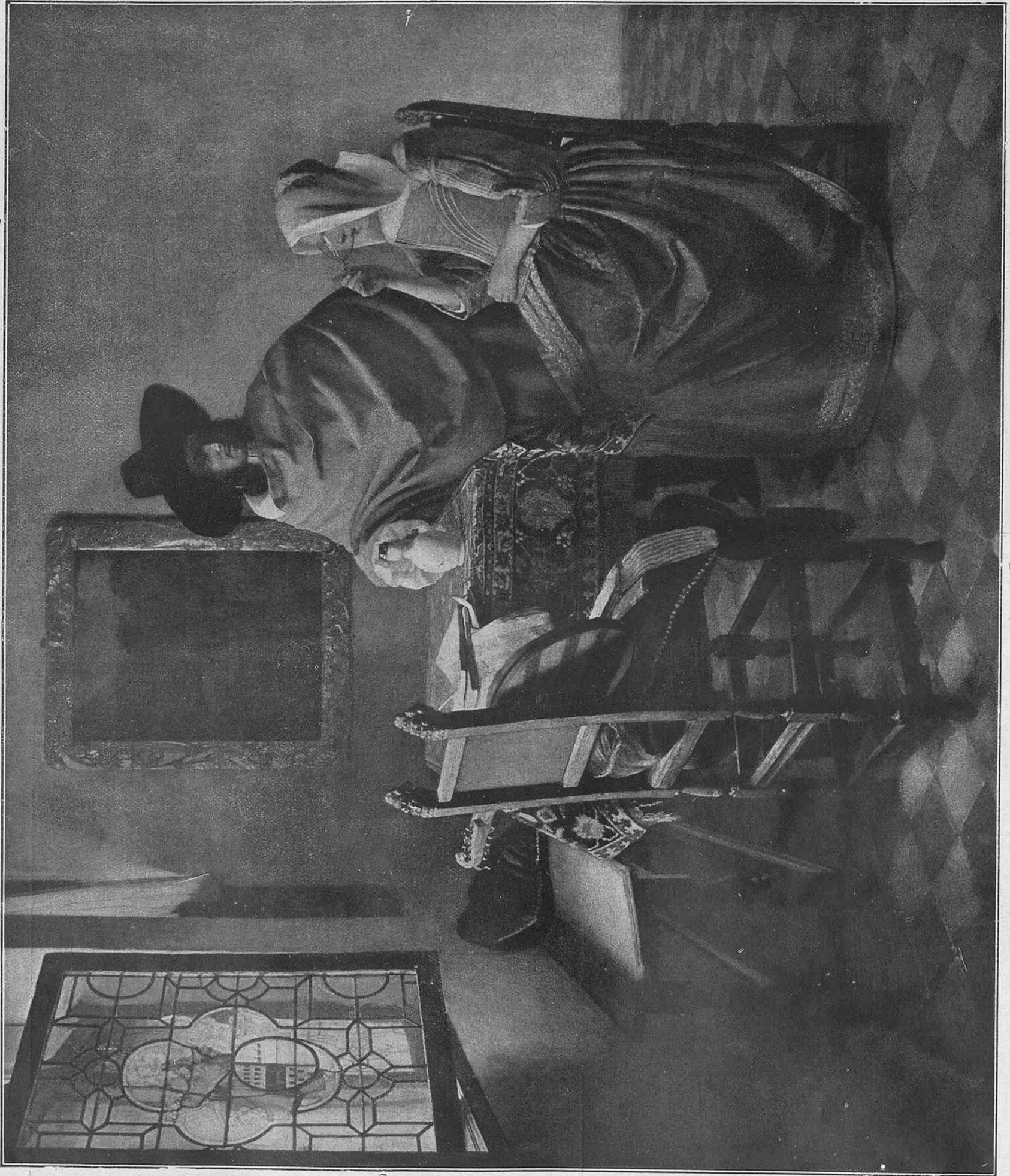


Virgen con el Niño, cuadro de Luis de Morales (1509-1586)

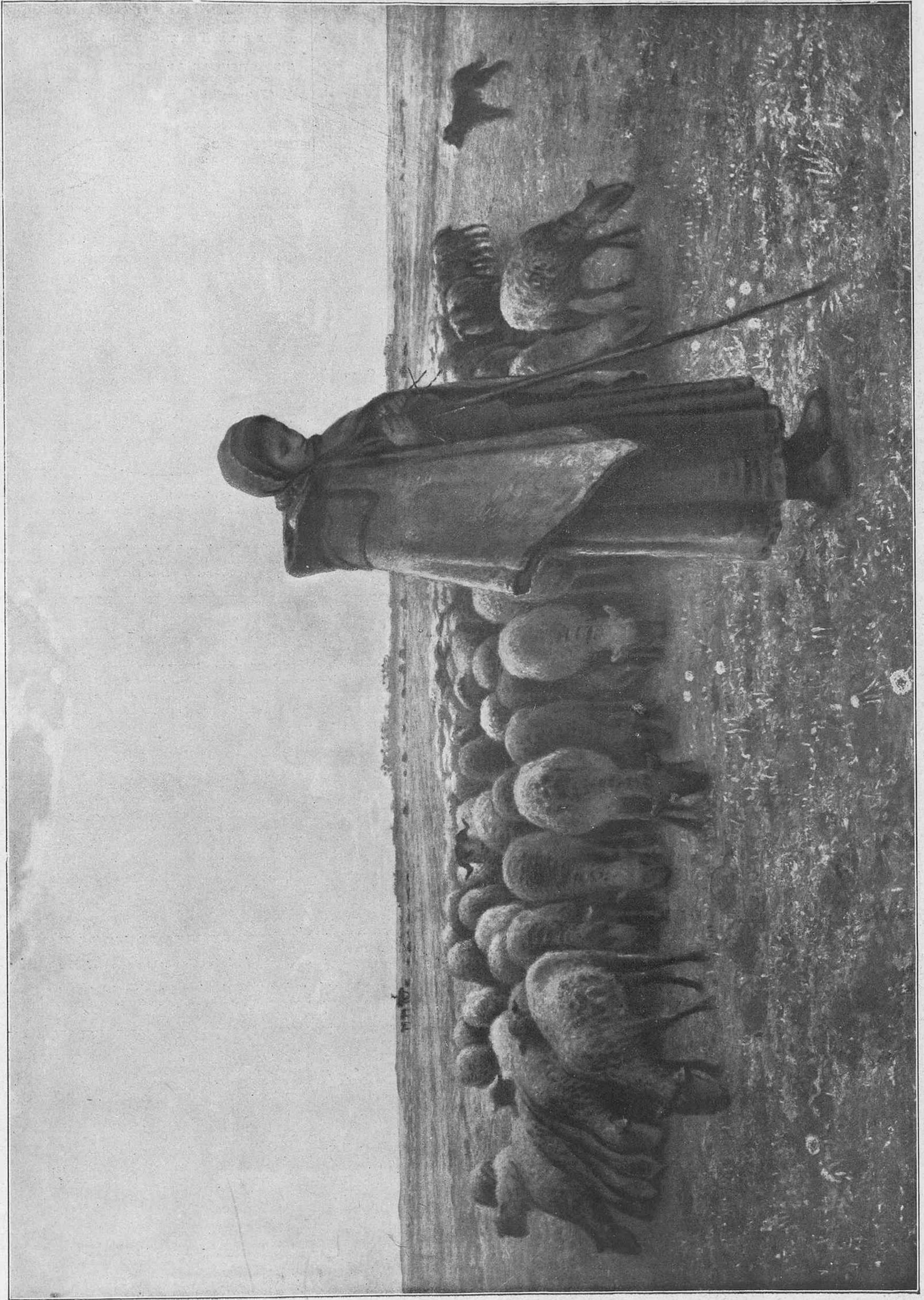


La Sagrada Familia, cuadro de Van Orley (1490-1560)

OBRAS NOTABLES DE LA ANTIGUA ESCUELA HOLANDESA



APLACANDO LA SED, cuadro de Juan Vermeer, de Delf (1632-1675), que se conserva en la Real Galeria de Pinturas de Múnich



LA PASTORCITA, cuadro de Juan Francisco Millet que se conserva en el Museo del Louvre, de París



Una escena de *El señor Pandolfo*, zarzuela en tres actos, letra de los Sres. Fernández de la Puente y F. Ardavin, música del maestro Amadeo Vives

Con la brillantez y el grandioso éxito de costumbre se ha celebrado en el Teatro de la Zarzuela la función organizada a beneficio de la Asociación de la Prensa, en la que han tomado parte actrices y actores de los teatros Español, Princesa, Comedia, Lara, Infanta Isabel, Príncipe Alfonso, Eslava, Price, Apolo, Zarzuela, Reina Victoria, Cómico y Novedades.

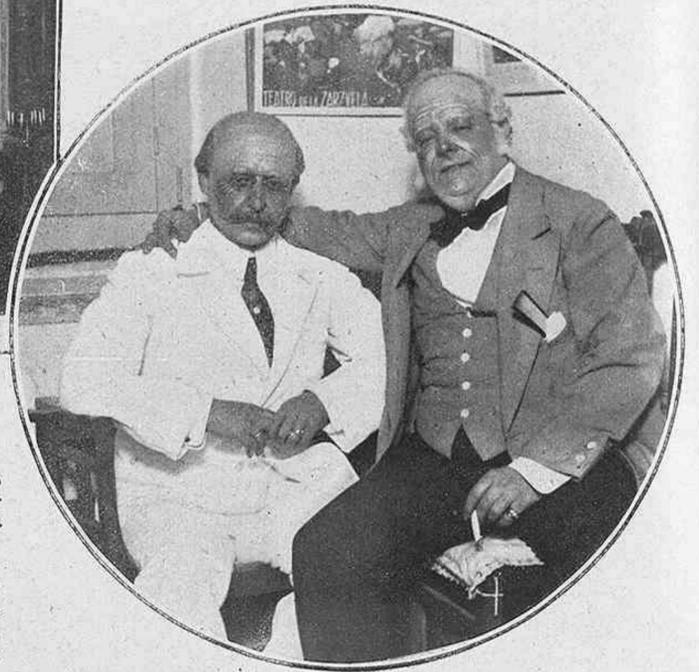
Comenzó el espectáculo con el estreno por la compañía del Infanta Isabel de *Las Paralelas*, espera cómica-sainetesca original de los Sres. Asenjo y Torres del Alamo. Es un juguete en el que campea un fino espíritu de observación y cuyo asunto se reduce a unas cuantas escenas copiadas de las que se producen en la parada de los tranvías de la Puerta del Sol; los tipos están perfectamente estudiados y el diálogo abunda en chistes de la mejor ley. En la ejecución sobresalieron las señoras Plana, Pérez, Roxala, Banquer, Torres, Díaz y Eru y los Sres. Llano, Hernández, Díaz, Torrecilla, Leyva y Sánchez Bort.

La compañía de Apolo ofreció las primicias del primer acto de *El señor Pandolfo*, zarzuela en tres actos, letra de Pedro Pérez Fernández de la Puente y Luis Fernández Ardavin y música del maestro Amadeo Vives, que dentro de pocos días ha de estrenarse en el citado tea-

nalvo, y Sres. Ortas, Fuentes, Rufart, Sánchez del Pino, Meana y Pitarch.

Seguidamente representó el primer acto del aplaudido drama de Joaquín Dicenta, *Juan José*, que valió un ruidoso triunfo a Emilio Thuillier, a Loreto Prado y a Enrique Chicote y muchos aplausos a las señoras Abadía, Sánchez Arifio, Aguila y Carreras y a los Sres. González, Soler, Aguirre, Castro, Peinador, Ponzano, Morales, Miranda, González y Hernández. Después las principales tiple de opereta y zarzuela 'lijosamente vestidas de majas y tocadas con la clásica mantilla, cantaron la bellísima

MADRID. — FIESTA CELEBRADA
EN EL TEATRO DE LA ZARZUELA
A BENEFICIO DE LA ASOCIACIÓN DE LA PRENSA
(Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



Los populares actores cómicos Ramón Peña y Casimiro Ortas que por primera vez han trabajado juntos con motivo de esta función benéfica.



Las tiple Sras. Romero, Haro, Oliver y Pinillos en la canción *La mujer española*, del maestro Luna

tro. Trátase de una obra del carácter de la farsa italiana en la que intervienen los conocidos personajes de Polichinela, Pierrot, Arlequín y Colombina; en el primer acto, único hasta ahora conocido, abundan las situaciones tiernas y poéticas acertadamente combinadas con otras humorísticas, y el lenguaje se ajusta perfectamente a la índole distinta de las situaciones. La partitura es bellísima; sentimental unas veces, impregnada otras de cierta burlesca ironía, es siempre inspirada, melódica, elegante, adecuada a las peripecias de la acción y al carácter de los personajes, y hállase avalorada por una instrumentación rica y primorosa, que es un prodigio de color y de sonoridad. El público aplaudió con entusiasmo a los autores y a los intérpretes Sras. Mayendía, Castrillo, Paisano Moreu, Saavedra, Girón, Bellver y Pe-



Algunas de las tiple que cantaron el popular coro del «mantón de la China...na» de *La verbena de la Paloma*

canción del maestro Luna, *La mujer española*. Finalmente representó el popular sainete *La verbena de la Paloma*, que fué interpretado por los principales artistas de todas las compañías,



Una escena de *La verbena de la Paloma*, en cuya ejecución tomaron parte las compañías de todos los teatros de Madrid

RUINAS, CUENTO DE ADOLFO RIBAU, ILUSTRADO POR TAMBURINI



Después le ofreció el brazo y apoyados, apretados uno contra otro, atravesaron el corredor y pasaron la puerta

I

Me encontráis en disposición de remover antiguas memorias para olvidar mis reumatismos, nos dijo el famoso compositor Domingo Gallón a los amigos y admiradores suyos que habíamos ido a visitarle aquella tarde de invierno. Y en medio de tantos papelajos acabo de hallar esta fotografía que me ha recordado una novela de amor, que, cuando

habéis llegado estaba a punto de hacer asomar las lágrimas a mis ojos.

Como veis, esta fotografía es bien sencilla y de aspecto asaz vulgar; se parece a todas las que se sacan los días de fiestas populares en los barracones de las ferias por un precio verdaderamente irrisorio. Miradla; representa una pareja extraña: una mujer vieja o, mejor dicho, envejecida, envuelta en un miserable chal y sentada junto a un arpa cuyas cuer-

das pulsan sus dedos, y a su lado un hombre más joven que empuña un violín.

Al pie de la fotografía podéis leer la dedicatoria, que dice:

«Al ilustre maestro Domingo Gallón, en recuerdo de los Nuevos Italianos.»

Y como firma, estas solas palabras:

«Dos ruinas.»

Es, como os he dicho, una novela de amor, que

voy a relataros. Hace de esto cosa de diez años.

Después del éxito de mi *Cleopatra*, cuyos ensayos habíanme fatigado extraordinariamente, fuíme a Niza a pasar las fiestas del Carnaval.

La temporada estaba brillante y favorecida por una temperatura suavísima.

Los festejos se sucedían sin interrupción y los días volaban.

Era, pues, una temporada excepcional desde el punto de vista de los placeres y de la afluencia de gente, así como por las delicias del clima. Había un gentío inmenso; todos los días celebrábanse nuevas diversiones y dijérase que nos hallábamos en plena primavera.

Sentiase una voluptuosidad egoísta y deliciosa y una involuntaria y fogosa embriaguez de vivir.

Mis horas de libertad no eran muchas; sin embargo, por excepción, un día de febrero pude disponer de toda la noche, y el grupo del cual yo formaba parte había proyectado ir a cenar, a media noche, a la luz de la luna.

Desde hacía algunos días, disfrutábamos en Niza, bajo un cielo de transparencia ideal, las noches más maravillosas que imaginarse puedan.

Nos habíamos citado a las once en el café del Casino municipal y aquel atardecer era singularmente agradable; el espíritu sentíase invadido por una suavidad acariciadora y penetrante, y en el aire flotaban perfumes de violeta, de rosa y de mimosa sobre todo.

Dediqué aquella tarde de libertad a recorrer la ciudad vieja que es en extremo interesante, con sus callejas estrechas, algunas verdaderas escaleras; con sus iglesias en las que domina el estilo churrigüesco, y sus pequeñas tiendas de aspecto tan meridional, en donde los montones de naranjas, de limones y de tomates forman alegres manchas de vivos y variados colores.

En una de aquellas callejuelas, detúveme ante una fachada iluminada más brillantemente que las otras y en la que se ostentaba un cartel de tonos chillones, mal impreso en un papel pésimo. Anunciaba aquel cartel un concierto, y movido por una extraña curiosidad, entré en el local pagando por mi asiento unas pocas monedas de diez céntimos.

La sala era pequeña, baja de techo y con una ornamentación de pésimo gusto; pero estaba totalmente ocupada por un público compuesto de pequeños comerciantes del barrio, pescadores, obreros, muchas mujeres y muchachas sin nada en la cabeza y con un clavel coquetamente clavado en el moño castaño o negro.

De pronto mis ojos se fijaron en los tres músicos que formaban la orquesta. Uno de ellos, un tipo vulgar, golpeaba sobre un piano viejo y miserable. A su lado, una mujer tocaba el arpa, de la cual sacaba mucho partido; aparentaba tener cincuenta años, por lo menos; sus cabellos eran de una blancura de nieve; multitud de arrugas surcaban su rostro, y sus pálidos ojos de ciega se fijaban en el vacío. El tercer músico tocaba el violín; tendría, quizás, cuarenta y cinco años, sus cabellos eran grises y su cara arrugada, pero, en cambio, tenía unos ojos magníficos, soñadores, iluminados por una expresión de felicidad que, en algunos momentos, hacía extática.

El violinista y la arpista tenían un no sé qué que no armonizaba con aquel modesto lugar de espectáculo; y mientras ejecutaban el programa, una instintiva simpatía me hacía fijar en ellos la atención. ¡Cosa extraña! Parecíame haber visto ya aquellas dos figuras originales, pero lejos, en un pasado muy remoto.

Sí, en otro tiempo sus facciones debieron haberme sido familiares; sin embargo, no me era posible ni recordar dónde los había visto ni asignarles un nombre.

De pronto, el violinista se volvió como si mis miradas clavadas en él hubiesen ejercido una influencia magnética; y entonces él también me miró atentamente y pareció buscar en su memoria, hasta que al fin hizo un gesto que claramente significaba: «¿Usted?... ¿Es realmente usted?»

Algunos minutos después, cuando iba a comenzar el entreacto, le vi acercarse a su compañero y deslizar algunas palabras en su oído y luego se dirigió hacia mí.

— Paréceme que no me reconoce usted, me dijo con la expresión de aquellas personas que no saben cómo serán acogidas.

— Recuerdo, sí, le contesté; pero lo que no puedo recordar es su nombre.

— ¡He cambiado tanto en veinte años!

— ¿Veinte años?

Entonces él, con voz entrecortada por la emoción, añadió:

— En los *Nuevos Italianos*... ¿Se acuerda usted?... La *Norma*... la *Sonámbula*... la *Lucía*...

— ¡Saviniano Martel!, exclamé.

— El mismo.

— ¡Y la Felizzano!

— Sí, la Felizzano...

Quedéme tan aturdido, que no encontré palabras con que contestar.

— En aquel tiempo, éramos usted y yo buenos amigos; de aquí mi satisfacción al ver que la casualidad nos pone nuevamente en presencia uno de otro... ¿Quiere usted que demos un paseito juntos durante este entreacto?

— De mil amores.

II

Veinte años hacía, en efecto, que Martel y yo formamos parte de la orquesta del teatro de los *Nuevos Italianos*, una empresa particular que tuvo cierto éxito, aunque efímero; él como tercer violín y yo... como timbalero.

Y era verdad que entre los dos existía una corriente simpática; pero como estábamos muy ocupados, apenas nos veíamos fuera del teatro.

De cuando en cuando, sin embargo, al salir de un ensayo, hablábamos un ratito; y aun en cierta ocasión fué a verme a mi casa y yo le devolví la visita.

Sabía yo que Martel estaba solo en el mundo y que era un joven de mucho talento e infatigable en el trabajo, pero tímido y muy poco a propósito para la lucha.

Era un sentimental que sentía una extremada necesidad de entregarse a alguien, de sacrificarse por alguien.

Dos años hacía que nos conocíamos cuando llegó al teatro una nueva cantante que venía de Italia precedida de una gran reputación.

Era muy guapa, pero de una belleza que parecía destinada a marchitarse muy pronto.

Y lo mismo sucedía con su voz, una voz de soprano soberbia, pura como el cristal, de una rara calidad de sonido, que, a veces rozaba rápida, imperceptiblemente ciertas notas, por lo que los músicos y los médicos presentían que no podía durar.

La Felizzano, que así se llamaba la cantante, obtuvo un éxito completo. El público la aplaudió calurosamente y la crítica le prodigó los más entusiastas elogios.

Como mujer era una coqueta consumada, así al menos se decía en las murmuraciones de entre bastidores y lo dejaban entrever, aunque por supuesto veladamente, algunos sueltos de los periódicos.

Pero nadie podía referir de ella una aventura real y positiva, y decíase que lo que la Felizzano deseaba sobre todo era casarse con un hombre rico.

¿Por qué quiso la fatalidad que aquel imprudente de Saviniano fuese a quemarse las alas alrededor de aquella llama?

Martel, en efecto, habíase enamorado locamente de la Felizzano y su amor por aquella mujer dejó muy pronto de ser un secreto para el personal del teatro.

El pobre muchacho debía de haber perdido la chaveta, porque ¿qué podía haber de común entre la *prima donna* cortejada, adulada, a la que parecían reservadas todas las felicidades, y aquel infeliz tercer violín famélico?

En cierta ocasión en que estábamos juntos y en que yo acababa de oír ciertos comentarios sobre aquel asunto, atrevíme a darle un consejo, en forma delicada y sobre todo amistosísima; pero no pasé de ahí, comprendiendo que Martel acogería mal todos los consejos y que únicamente el tiempo le abriría los ojos.

El entusiasmo de los parisienses por la Felizzano se mantuvo durante un par de temporadas; la cantante prosiguió sus artimañas de provocante coqueta, y Saviniano continuó siendo el mismo incorregible enamorado.

Después los *Nuevos Italianos* dejaron de estar de moda y acabaron en una ruidosa quiebra.

Yo había compuesto mucho y publicado varias piezas que no me producían ni un céntimo; y vivía de algunas lecciones y de mi plaza de timbalero. Así es que cuando quebró la empresa, hube de buscar otro medio de equilibrar mi presupuesto. Martel, a su vez, debió hacer otro tanto y lo perdí de vista.

Posteriormente supe por otros compañeros de la orquesta que había seguido a la Felizzano, contratada en Rusia, y que había realizado aquel viaje por su cuenta y riesgo, sin conocer allí a nadie, sin ninguna seguridad de encontrar un modo de ga-

narse la vida y únicamente para no separarse de su ídolo.

Un día recibí carta de Martel: no me hablaba más que de ella, y se declaraba dichoso de vivir cerca de su amada, sin ninguna esperanza y aun a costa de no pocas privaciones.

Recibí algunas cartas más, pero después, nada. La crónica teatral daba noticias de la cantante, que desde Rusia había pasado a España, de allí a Inglaterra y finalmente a América. Seguía obteniendo éxitos, pero no era ya la delirante admiración de otros tiempos; y de ciertas frases de los periódicos podía deducirse que el final de su vida artística no estaba lejos.

De Martel nada decían las revistas, por lo que acabé por persuadirme de que el desgraciado había muerto de pena o de miseria o de ambas cosas a la vez.

Y ahora comprenderéis mi sorpresa al encontrar en aquel café de la vieja Niza a la Felizzano y a Saviniano Martel.

No lejos de allí había un jardincito; algunos grupos de azaleas rodeaban cuatro palmeras y en él serpenteaba un sendero que la luna bañaba con su luz argétea.

Ofrecí un cigarro a mi compañero.

— Gracias, me dijo éste; no fumo... a causa de ella. El humo daña sus pobres ojos.

— ¿De modo que esa señora es realmente la Felizzano?

— Sí, me respondió con acento en el que vibraban el orgullo y el cariño. Sí, Felicia Felizzano, que desde hace doce años es mi esposa.

— ¿Su esposa?

— Sí; tengo tiempo de contar a usted nuestra historia. El entreacto durará un cuarto de hora, por lo menos.

III

Entonces me refirió minuciosamente su estancia en Rusia, en donde había padecido la mayor miseria, y me explicó, cosa que yo no me imaginaba, que se había obstinado en seguir a la cantante en sus incansables peregrinaciones, a España, a Inglaterra, a América, viviendo como podía, de su violín cuando se le ofrecía una ocasión, de sus brazos cuando era necesario. En Montevideo había tenido que descargar carbón.

Era un poema de abnegación, de dolor, y a pesar de todo al oírsele contar a Saviniano Martel, era evidente que éste no había sentido ni un minuto de pena, de desfallecimiento, y que aquellas luchas, aquellos sacrificios, habían sido aceptados con alegría y no habían dejado en pos de sí ni una gota de amargura.

Por lo demás, de todo ello no se había enterado la Felizzano, quien únicamente sabía que aquel enamorado extraordinario iba siempre detrás de ella como una sombra. ¿Y con qué derecho hubiera ella podido impedirselo? El mundo pertenece a todos.

A menudo se lo encontraba al paso, pero tan respetuoso, tan humilde que no había modo de considerarse ofendida.

Así habían transcurrido algunos años.

Un día, la Felizzano vióse en la imposibilidad de cantar; al principio creyóse que se trataba de una ligera indisposición de garganta; pero el mal era grave, incurable.

Los más famosos especialistas quisieron en vano combatirlo; mas después de seis meses de tratamiento minucioso hubo de quedar desvanecida toda ilusión: la Felizzano había perdido su voz y ya no volvería a pisar las tablas.

Aunque muy derrochadora, había hecho algunas economías, casi una bonita fortuna. Desgraciadamente una desventura jamás viene sola: una quiebra de la casa donde tenía sus fondos la dejó sin un céntimo.

Entonces se instaló en Londres como profesor, pero los discípulos no acudieron; y en cuanto a los amigos y aduladores de los tiempos gloriosos habíanse eclipsado por completo.

Y así continuó vegetando durante unos cuantos años más.

Luego sobrevino un nuevo infortunio, el más cruel; la pobre Felizzano quedóse ciega, sin que la medicina pudiese hallar medio de salvarle la vista, como no lo había hallado cuando se había tratado de conservar la voz.

Aquello colmaba el cáliz de la amargura; la desdichada, sintiéndose sin valor para soportar aquella existencia de tristeza y de miseria, atentó contra su vida, encendiendo para ello un hornillo en el cuartucho en donde había tenido que refugiarse. Un

verdadero milagro la arrancó a la muerte: algunos vecinos oyeron sus gemidos y derribando la puerta del piso, prodigaron sus cuidados a la infeliz.

— Yo había tenido el presentimiento de que quería suicidarse, díjome Saviniano Martel; así es que desde hacía algunos días rondaba la casa y me encontraba allí cuando la pobre volvió en sí de aquel sopor que tenía ya todas las apariencias de la muerte. Y al verla de aquel modo, sin recursos, enferma, abandonada, sentí que aun la quería más. Atrévime a abrirle mi corazón; dignóse ella escucharme, creerme, acordarse de que desde hacía mucho tiempo ella sola llenaba mi pensamiento y mi corazón, y logré infundirle un poco de valor, el deseo de vivir y la esperanza en el futuro. Y mientras yo hablaba, de sus ojos que no debían contemplar ya la luz del sol, brotaban lágrimas que caían sobre sus enflaquecidas manos, en donde yo las besaba apasionadamente... En fin... ¿qué diré a usted más? Tres meses después nos casábamos... Y esta es, señor mi historia.

Y acompañó estas palabras con una sonrisa.

Después añadió:

— Usted es célebre; yo en cambio no he sabido llegar a ser nada..., nada más que un hombre dichoso.

Era verdaderamente extraordinario oír hablar de dicha a aquel hombre mal vestido y mal alimentado; sin embargo, no cabía duda: aquellas palabras eran expresión fiel de su pensamiento.

— Sí, soy un hombre dichoso, repitió. Usted ha realizado su ensueño de artista; yo, mi ensueño de enamorado. Porque mi esposa me ama, aun siendo tan indigno de ella como soy; y no cambiaría mi suerte por la de los más potentados.

— ¿Y qué circunstancias han traído a ustedes aquí?, le pregunté.

— ¡Qué quiere usted! Es menester vivir. Lo he intentado todo, sin conseguir asegurarnos otra cosa que el pan de cada día. Hace cuatro años, el médico recomendó a Felicia un clima muy benigno y entonces se me ocurrió la idea de que en esta Costa Azul, en donde la gente se divierte tanto, podríamos utilizar ella su arpa, que había estudiado en su juventud y a la que había vuelto a dedicarse, y yo mi violín. Y el resultado ha sido o que la idea no era mala o que la desgracia estaba cansada de perseguirnos. En una palabra, desde entonces, todos los inviernos venimos al Mediodía; errando desde Cannes a Génova y ganando para ir viviendo todo el año... Y cada día nos queremos más... ¡Ah, señor, qué hermosa es la vida!

Y hacía esta afirmación con una convicción absoluta que me conmovió mucho más de lo que podría decirse.

— Mire usted, añadió Saviniano, hoy es precisamente el aniversario de nuestro matrimonio y como la jornada ha sido buena, pues hemos tocado en una quinta de Carabacel y nos han pagado generosamente, ahora, en cuanto el concierto termine, nos iremos a comer mariscos y a beber vino de Italia en un pequeño restararán del puerto.

Entonces pensé en mis compañeros, en la suntuosa cena que nos esperaba en la Reserva, en esta vida brillante de la ciudad cosmopolita; pensé asimismo en mi reciente triunfo y en los que tal vez conseguiría aún, y os juro que habría dado todo esto por tener en el corazón un sentimiento análogo al que hacía asomar una sonrisa tan radiante a los labios de Saviniano Martel y una expresión tan ardiente en sus ojos.

— Oigo la campanilla del concierto, exclamó; vamos a empezar. No pido a usted que vaya a vernos a nuestra casa ¡es una vivienda tan pobre! Además, a mi mujer podría hacerla sufrir el recuerdo del pasado que en ella despertaría la visita de usted. Pero si usted me lo permite iré a visitarle.

— Con mucho gusto, le contesté.

Y dándole mi dirección, añadí:

— Por la mañana estoy siempre en casa, y si usted me avisa anticipadamente, estaré en ella a cualquier hora.

IV

Terminó el concierto entre las aclamaciones del público.

¡Ah! El público encantador que tan fácilmente se conmovía y que, a la salida, recobraba su buen humor y su locuacidad.

Vi a Martel envolver con cuidados infinitos a su mujer en un chal y atarle un pañuelito al cuello. Después le ofreció el brazo y apoyados, apretados uno contra otro, atravesaron el corredor y pasaron la puerta.

El violinista ni siquiera se había percatado de que yo iba detrás de ellos.

— ¡Oh, querida!, decía. ¡Qué bien vamos a cenar! Porque supongo que tendrás hambre.

— ¡Sí, mucha!

— ¿Qué dirías si después de los mariscos comiésemos una langosta y luego un poco de pollo?

— ¿Quieres arruinarlos?

— La dama rusa en cuya quinta hemos tocado me ha dado veinte francos además del precio convenido... Por otra parte he economizado alguna cosa...

— Seguramente sobre tus pequeños gastos.

— ¡Qué importa! Me he propuesto festejar todos los años el delicioso día de nuestra boda. Y hablan-

do de otra cosa ¿sabes que algo de tu voz adorable ha pasado a tu arpa? ¿Y sabes que continúas siendo tan bella como en tus mejores tiempos?

— ¡Adulador! ¡Y yo que no puedo devolverte la galantería, puesto que tengo el sentimiento de no verte! Pero estoy segura de que te conservas muy joven. ¡Y cómo has tocado esta tarde!

Era quizás una indiscreción de mi parte, pero la curiosidad me dominaba y me había impulsado a seguir a los tortolillos por aquella callejuela mal alumbrada.

La noche era hermosa, y en el cielo hormigueaban las estrellas.

El rumor armonioso del mar alternaba con el ruido confuso de la ciudad; en el aire el olor de la rosa, de la violeta y de la mimosa era aún más penetrante, y soplaban un ligero vientecillo Sudeste que parecía juntar a los perfumes de los jardines nicenses el hálito de los oasis africanos.

— ¿No notas cuán agradable está la noche?, dijo Saviniano a su compañera. Diríase que estamos en el mes de abril y que caminamos entre flores. Me parece que nunca te he amado tanto como hoy.

— Y yo también te amo con toda mi alma; pero ni aun esto es bastante para agradecerte todo lo que haces por mí.

¡Oh! ¡Cómo caminaban estrechamente enlazados la vieja *prima donna* sin voz y ciega y el pobre violinista!

— ¿Eres dichoso, Saviniano?, preguntó la ciega con voz emocionada.

— ¡Más, mucho más de lo que pudiera esperar! ¿Y tú, amor mío?

— ¿Yo?... Más de lo que merezco.

De pronto surgieron una iluminación intensa y un compacto vaivén de carruajes y de peatones. Habíamos llegado a una de las principales calles de Niza, en donde se agitaban máscaras multicolores. La pareja desapareció en medio de aquel gentío bullicioso.

No vi más a Saviniano Martel.

Algunos días después el propietario de un yate me invitó a una excursión a Córcega y pasamos ocho días en Ajaccio, tres en Bonifacio y cinco en Bastia.

A nuestro regreso, supe que el violinista había estado dos veces en mi hotel y había dejado para mí esta fotografía y una carta anunciándome su partida para San Remo, desde donde tenía que ir a Génova.

«¡Ah, señor, qué hermosa es la vida!..» Estas palabras sonarán siempre en mis oídos.

Y tenía razón el pobre Saviniano Martel: no hay belleza real ni dicha real, más que en ese olvido total de sí mismo que se denomina un verdadero amor.

SANTA CECILIA, POR JULIO KRONBERG

El célebre pintor sueco Julio Kronberg ha sido uno de los primeros artistas que han contribuido al renacimiento del arte en su patria.

Ya desde su edad juvenil, ejecutó numerosas obras que hicieron concebir grandes esperanzas; y estas esperanzas no tardaron en convertirse en hermosas realidades.

Kronberg une a una disposición especial para lo decorativo, un profundo sentimiento de los colores, y en sus últimos trabajos, entre los cuales figura el que adjunto reproducimos, recuerda a ciertos célebres artistas ingleses, especialmente a lord Leighton.

Muchos cuadros suyos figuran en importantes museos; y grandes trabajos decorativos adornan varios palacios, una iglesia y el Teatro Dramático de Estocolmo. Tan interesantes como estos trabajos son los estudios hechos para los mismos y para otros análogos, que constituyen una colección notable, libre de las rigideces académicas a que el artista hubo de someterse al realizar aquéllos.

Kronberg ha pintado también numerosos retratos, entre los cuales tienen atractivos singulares los de niños, que son verdaderamente encantadores.

LIBROS

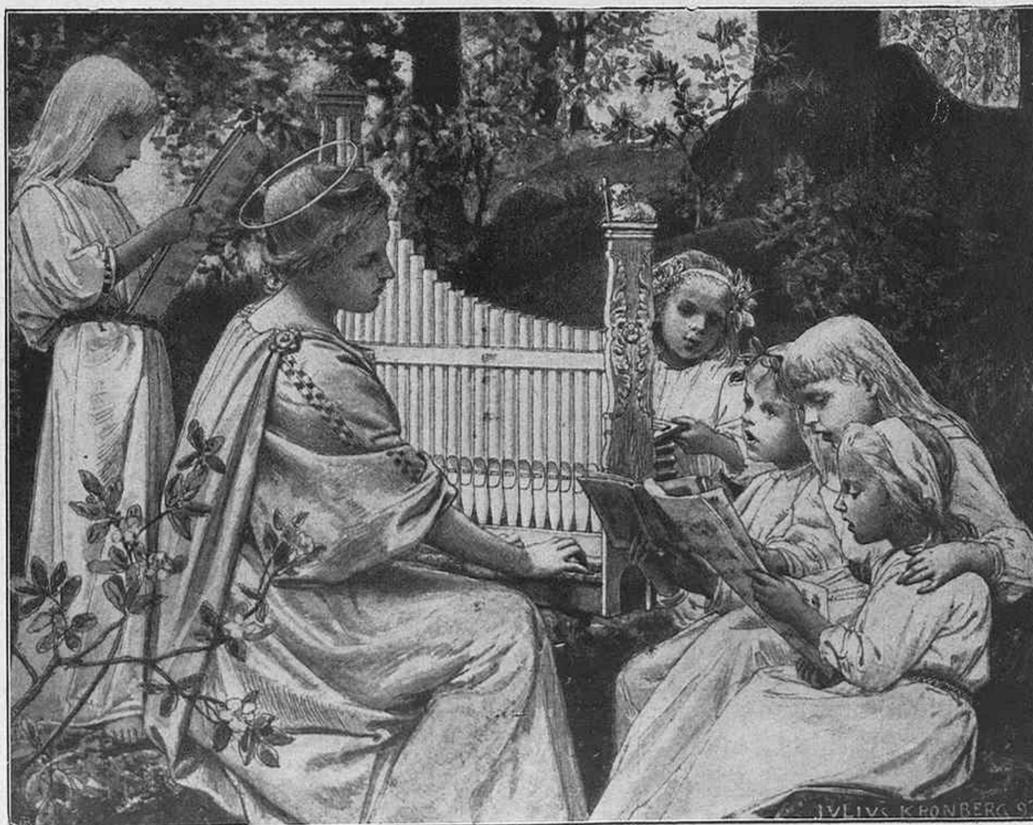
ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN por autores o editores

LOS OPTIMISTAS, por Jesús Castellanos. — La Academia Nacional de Artes y Letras de la Habana, rindiendo homenaje a Jesús Castellanos, el escritor ilustre que fué su primer Director y a quien con razón se considera como el creador de la novela nacional cubana, acordó editar por su cuenta las obras inéditas y los trabajos no compilados del malogrado

literato, que también fué notable crítico y celebrado artista. El primer volumen de esta colección póstuma contiene cuatro artículos, comprendidos bajo el título general de *Los optimistas*, y varios trabajos de crítica literaria y artística; en unos y en otros se patentizan las excepcionales dotes que adornaban al señor Castellanos y que pueden sintetizarse en un amplio y recto criterio, un profundo espíritu de observación, un elevado sentimiento que le hacía defender los más altos ideales, y un estilo elegante y correcto que revelaba el gran conocimiento que poseía de los clásicos castellanos. Encabeza el libro un notable estudio de Max Henríquez Ureña sobre la vida y la obra de Jesús Castellanos. Un tomo de 434 páginas impreso en la Habana en la imprenta Avisador Comercial.

CADENA SIN FIN, poesía de José L'ora. — Hermosa composición inspirada en un bellísimo pensamiento y escrita en versos de armonía admirable. Obtuvo el Premio de Honor en la Fiesta de la Poesía celebrada en El Escorial el día 27 de agosto último y ha sido publicada en un folleto de 16 páginas impreso en la imprenta Cogolludo, de El Escorial que se vende a 50 céntimos. Los productos de la venta los destina el autor a la beneficencia municipal de aquel Real Sitio.

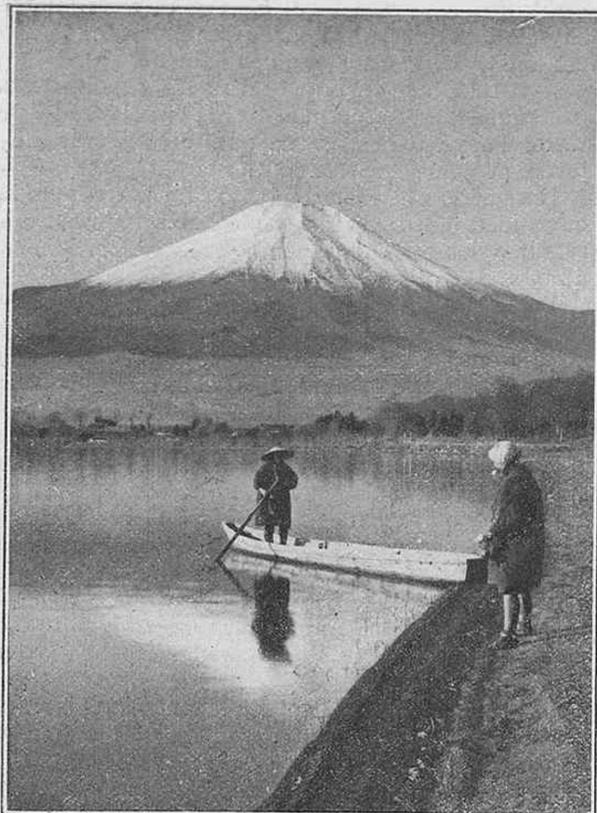
EL SIGLO FUTURO O EL POEMA DE LA NOCHE, por Bernardino de Mesoga. — Narración fantástica en la que su autor, notable literato peruano, hace gala de gran imaginación y de vastos conocimientos suponiendo lo que ha de ser la existencia terrestre en el siglo XX. Esta ficción le da motivo para interesantes descripciones de maravillosos inventos así como para atinadas consideraciones sobre distintos problemas de la vida de relación social. Un folleto de 26 páginas impreso en Lima en la imprenta La Unión.



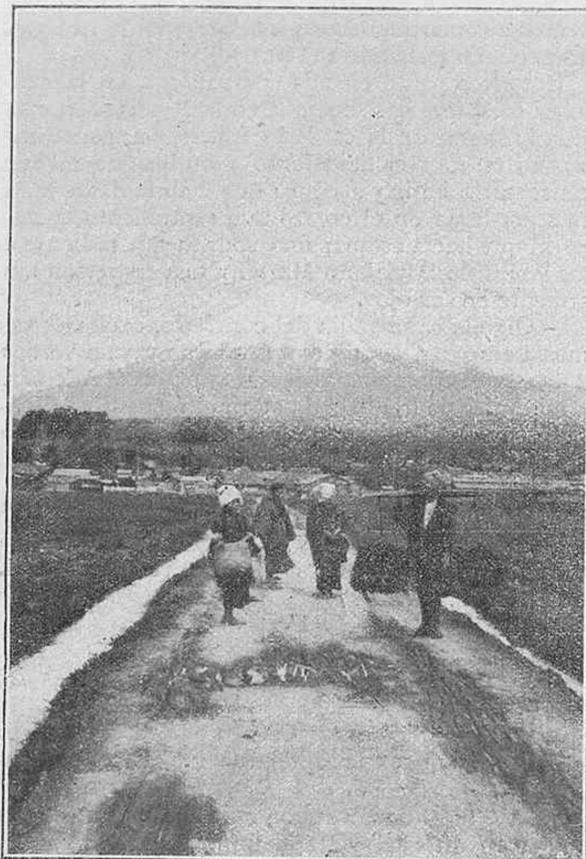
Santa Cecilia, cuadro de Julio Kronberg

EN EL JAPÓN

UNA PEREGRINACIÓN AL VOLCÁN DE FUYI



Vista del monte Fuyi, tomada desde el lago Shoyi



El monte Fuyi, la maravilla más sorprendente del Japón



Peregrinos dirigiéndose al monte Fuyi

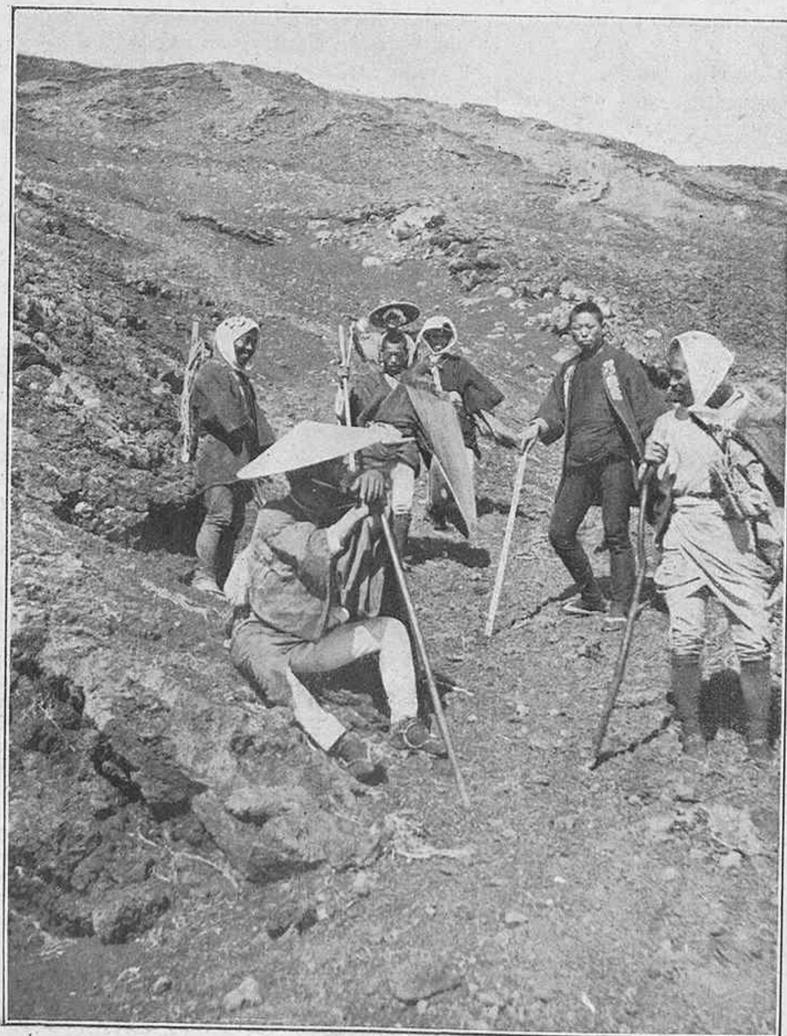
Durante el estío, después de haber segado el trigo y plantado el arroz, cuando empiezan a declinar en la aldea las faenas agrícolas, los japoneses, inactivos y ociosos, consagran sus pensamientos a la religión. Es cierto que siempre hay una capilla en el villorrio, el templo del *uyi gami* o el santo patrón que pueden adorar a todas horas; pero en cuanto llega el verano, el granjero siente necesidad de algo más especial y característico, y para hallarlo empuña el báculo del peregrino.

La mayor parte de las aldeas japonesas emprenden peregrinaciones anuales más o menos numerosas, según los medios de que disponen, a las montañas y a los lugares sagrados del Japón. Todos los

algodón blanco que pueda ser lavado fácilmente y que consiste en unos pantalones muy recios, camisa y una chaqueta suelta que puede remeterse en el cinturón. Cubren sus cabezas con un ancho sombrero de paja para protegerse contra los ardores del sol, y llevan a la espalda un leve pedazo de estera, que de día los defiende de la lluvia y de noche les sirve de cama. El equipaje lo llevan en dos peque-

torno de la muñeca de la mano izquierda, y del cinturón les pende una campanilla cuyo tintineo suena incesantemente mientras andan. Calzan los pies con *uarayi*, es decir una sencilla sandalia de paja que puede comprarse en todas partes por un precio baratísimo.

Los peregrinos viajan en tren, en coche, hasta en *jinrikisha*, cuando la fatiga los obliga a ello; pero como tienen que viajar al menor coste posible, muchos de ellos lo hacen a pie. Van de montaña en montaña. Primero deben empezar por el monte Tsukuba, la solitaria colina de dos picos que se alza cerca de Mito, que la leyenda asegura se formó cuando la creación del archipiélago japonés. Des-



Peregrinos en la cumbre del Fuyi



Peregrinos en las faldas del Fuyi

habitantes pueden figurar en ellas, pero siempre se eligen delegados que representen a la comunidad. Toda la aldea contribuye a sufragar los gastos de estas peregrinaciones.

Los peregrinos visten un sencillo y pobre traje de

ños envoltorios atados al pecho y a la espalda, yendo a menudo el primero arrollado en papel de hule que ostenta el nombre y la divisa del santuario objeto de la devoción del peregrino. En la diestra empuñan un báculo de madera blanca, un rosario en

pués de haber orado en Nikko, Ohuzenji, Oyama, Shirane, Asama y Mitake, emprenden el camino de Fuyi, que está considerado como una de las sorprendentes maravillas del Japón.

Después de haber trepado hasta la cima y orado

al dios que reside en el pequeño santuario que se alza cerca del apagado cráter, pensando quizás que ya han cumplido con su misión, regresan a sus aldeas para contarles a sus vecinos todo lo que han visto y hecho.

Aunque la creencia común es que sólo debe hacerse la ascensión al Fuyi en los meses de julio y agosto, algunos arriesgados viajeros han trepado hasta la cima desafiando el peligro del frío, de los aludes y hasta de la misma muerte, que a veces suele coronar tan temerarios intentos. Algunos verifican la ascensión en invierno, con patines, pudiéndose emprender luego el descenso sobre una tabla o un pedazo de estera, como hacen los mejicanos que trabajan el sulfuro en el Popocatepetl; pero la velocidad es tan grande, que casi priva de la respiración.

El viajero que emprende la ascensión al Fuyi se encuentra muy a menudo con centenares de peregrinos vestidos como ya se ha descrito anteriormente y que en su mayoría son labriegos y aldeanos. Mientras los peregrinos van subiendo lentamente hacia la cumbre, cantan la oración shintoísta *Rokkon shoyo*: «¡Ojalá que nuestros seis sentidos se mantengan siempre claros y despiertos!» (Frase que se canta en las oraciones budistas y que se refiere a los seis órganos de nues-

tros sentidos, a los ojos, a los oídos, a la nariz, a la lengua, al cuerpo y al corazón.) Algunos añaden las palabras *O yama Kaisei*, que traducidas libremente significan: «¡Ojalá que el tiempo continúe siendo hermoso en la sagrada montaña!»

Entre los seis senderos que hay para subir hasta la cumbre, el de Subashiri es el más cómodo y el menos peligroso para los extranjeros; el camino de Suzukaba-Maruyama ha sido desde tiempos remotos el que eligen los peregrinos que llegan de Kyoto y se le conoce por el nombre de Omoteguchi o «la entrada del frente». El de Yoshida es áspero y escarpado, al paso que el de Gotemba ofrece la desventaja de estar más alejado de la base actual de la cumbre. En este camino se encuentran las chozas mejores y mayor suma de comodidades, y al mismo tiempo tiene más sombra en el repecho más bajo.

El camino a pie hasta la estación de Subashiri no puede ser ni más encantador ni delicioso, particularmente en las primeras horas de la mañana, pues hay que atravesar un bosque de helechos donde hasta en agosto se encuentran flores primaverales y fresas silvestres, así como muchas de las plantas naturales que han dado tanto renombre a Fuyi. La región carbonífera del repecho empieza a unos 6.430 pies del templo de Ko-Mitake y la ascensión verdaderamente laboriosa más allá de la estación cuarta, a unos 8.400 pies. En la estación número 8 se está a unas cuatro horas de la cumbre. Desde este lugar el ascenso es muy empinado y difícil, y se encuentra el viajero a cada paso con grandes bloques de lava que interceptan a menudo el camino. En un cruce se halla el Chudo Meguri, un camino circular de unos veinte metros de extensión y que algunos peregrinos fanáticos recorren en siete u ocho horas con el propósito de abarcar mejor el lugar sagrado y sus alrededores. A la derecha y cerca de la estación número 8 (a 10 990 pies), está el camino de Yoshida. El descenso desde la cumbre hacia este punto se hace por el mismo sendero que la ascensión; pero por bajo de él se separa el camino de zizás y hay que bajar a grandes pasos deslizándose por encima de carbonilla y de cenizas que en los días calurosos desprenden nubes de un polvo finísi-

mo. Una persona ágil y ligera puede ir desde la cumbre hasta Uma Gaeshi en unas tres horas. Puede recorrerse este trayecto en menos de una hora

Muchos de los lugares situados alrededor del cráter poseen un interés histórico. Cerca de Kengamine hay un precipicio llamado Oya shirazu Ko shirazu en extremo siniestro y peligroso. Pegada a él se eleva una gran hendedura llamada Osava (la gran hondonada), que la divide hacia abajo, por la parte exterior, en toda la extensión que la vista puede abarcar. Más allá el sendero atraviesa una región torturada y retorcida en todo género de agonizantes formas por la fiera de la lava que forjó antiguamente el corazón del Fuyi. Enormes peñascos se apoyan sobre el borde del volcán en un ángulo peligroso, prontos a derrumbarse y a aplastar bajo su peso a todo cuanto hallen en la llanura. Dícese que una gran corriente de lava fundida que se desprendió una vez del cráter formó los muros que circundan actualmente los lagos que se extienden al pie del Fuyi. Por debajo de este sitio corre un manantial de agua fría como el hielo (cosa extraordinaria en esta altitud) llamada *Kimmeisui* o la «famosa agua de oro», que venden los sacerdotes como un específico contra muchas enfermedades. Más allá de la línea de las chozas de los peregrinos, en la cima del sendero de Subashiri, hay un precipicio llamado *Kuan-on-*

ga-take o el «Pico de la diosa Kuanon» y los vapores que surgen por entre los peñascos que están cerca de la lava demuestran que aunque al Fuyi, desde que se le descubrió, se le consideró formado de granito, quizás su interior sea una masa de fuego derretido.

Cuando todavía la aurora no ha rasgado las sombras de la noche, los peregrinos se reúnen en Kengamine para presenciar la salida del sol, que es un espectáculo de una extraordinaria hermosura. Las silenciosas figuras vestidas de blanco, con las cabezas descubiertas e inclinadas al suelo en actitud de adoración, con los brazos extendidos hacia el cielo implorando a los dioses que no desatiendan sus fervorosas súplicas, añaden no poco interés y encanto a aquella escena, que, en verdad, es única en el mundo.

Cuando la aurora avanza en su veloz carro por la tierra aterida de frío y con sus centelleantes y rosados dedos arranca el velo fúnebre y sombrío que pende sobre la larga fila de rocas y peñascos que como oficiantes fantásticos se alzan tras el divino Fuyi, las islas que tachonan el lago aparecen idealizadas y aquel panorama inmenso adquiere una sublimidad que es inútil que intente pintar el pincel humano.

No menos maravillosa es la puesta del sol presenciada en aquellos lugares.

«Cuando el sol se hunde entre los vapores agitados — escribe Herberto Ponting — inundándolos con contrastes de luz y sombra siempre cambiantes, el espectáculo que se ofrece es de una belleza indescriptible; en ninguna parte del mundo he visto otro más majestuoso.

»Pero aquella visión dura sólo un momento. Luego el sol se sumerge en el océano de nubes; las oleadas toman un tinte gris plomizo e inmediatamente queda todo sumido en la obscuridad. Y al extinguirse la última luz del día, levántase, por efecto del rápido cambio de temperatura, un viento impetuoso junto al cráter, y el abismo parece poblarse de terribles fantasmas que se agitan y aúllan entre los ígneos vapores, produciendo la sensación de alguna escena del Infierno del Dante.»



Alojamiento de peregrinos en el monte Fuyi

deslizándose por encima de la nieve, pero es algo peligroso.

Los apaderos al final del camino de Subashiri están situados en una concavidad cerca del cráter. Éste tiene aproximadamente unos tres estadios (600 metros) de diámetro y está rodeado por titánicos riscos abrasados y quemados por un calor horrible, predominando entre sus extraños matices el rojo, el amarillo y el púrpura sangriento. Estos gigantes peñascos siguen el borde y en algunos parajes se elevan a cien pies o más por encima del cráter. Las tempestades se forman con una rapidez inaudita en la cumbre del Fuyi; el crepúsculo sobreviene tan repentinamente como en el Trópico, y el camino está erizado de peligros. El gran cráter posee una hermosura siniestra y terrible. Entre julio y agosto se descubre gran parte del fondo, viéndose que está lleno de las piedras colosales que de cuando en cuando se desprenden del borde y se derrumban con el estampido del trueno. La nieve se retarda durante el breve verano en los parajes cubiertos, obstruyendo otras veces el cráter.

Las crónicas de Fuyi nos dicen que hace unos setenta años, varios peregrinos fueron sorprendidos por un denso grupo de nubes que se extendió sobre la cima, no acertando a encontrar el camino. Aquellas nubes eran las precursoras de un tifón que estalló repentinamente con una terrible violencia. Cuando se apaciguó su furia y aclaró el tiempo, halláronse los helados cuerpos de cincuenta peregrinos que se abrazaron estrechamente, no sólo por compañerismo, sino para conservar hasta el último momento el calor en aquella hora de angustia y peligro. Este no es más que uno de los muchos sacrificios que Sengen-sama, el dios que se adora en aquel santuario, exige de sus fieles. El sitio donde murieron se llama actualmente *Sai-noka-ura* (nombre de un río en el infierno budista donde se atormentan las almas de los niños). Está cubierto con centenares de piedras a manera de lápidas levantadas a la memoria de aquellos mártires por los que, más afortunados que ellos, supieron encontrar el camino, y en tributo a Jizō, la diosa protectora de los niños.



Una consulta interesante, dibujo de Vicente Carreres

Vicente Carreres es un artista bien conocido de nuestros lectores, que han podido admirar muchos de sus trabajos en las páginas de esta ILUSTRACIÓN.

Tiene personalidad propia y ha demostrado lo que puede hacer quien siente honradamente el arte; y sin dejarse seducir por los éxitos conseguidos trabaja incesantemente con mira a mayores perfecciones.

Dotado de un temperamento ardiente, tradúcese éste en líneas vigorosas, en trazos enérgicos y en grandes contrastes de luz y sombra, obteniendo de este modo efectos de una intensidad extraordinaria.

Las figuras que dibuja rebosan de verdad y vida; no son seres inventados por la fantasía sino tomados de la realidad, que aparece también admirablemente reproducida en el medio en

que aquéllas se mueven, ora sea en el interior obscuro de una vivienda, ora el campo iluminado por los rayos del sol.

Carreres ha dibujado con cierta predilección tipos y escenas gitanos, y al trazar en el papel o en el lienzo aquellas caras de rudas facciones y de ojos llenos de fuego, ha retratado con los rasgos físicos todo el carácter apasionado de la raza; y es que el artista al tomar el lápiz o el pincel no se limita a reproducir la imagen externa, el aspecto pintoresco de las personas que interesaron su imaginación, sino que ahonda en ellas, penetra en su esencia y de entrafía toda su vida psíquica. Por esto, aun siendo como es Carreres un ferviente cultivador del realismo, en el más noble sentido de la palabra, tienen sus obras un fondo de poesía que les presta singular encanto y avalora las excelencias de su ejecución.

ANEMIA Debilidad Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Luradas por el El mas activo y economico, el unico Inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts. Paris.

LA EMPERATRIZ EUGENIA

Apuntes históricos íntimos, por J. B. ENSEÑAT

Un tomo lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pidase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

Paris
 Date de 1849
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 Casa CANDÈS
 B-S-St-Denis, 46



HIPOFOSFITOS SALUD
 COMBATE
ANEMIA
ESCROFULISMO
NEURASTENIA
INAPETENCIA

NUEVA REIMPRESION
FABULAS DE ESOP
 traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AULO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. — Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. — Su precio: 18 pesetas.
 MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

THE XVIIth CENTURY GALLERY OF OLD MASTERS
 (LA GALERÍA SIGLO XVII DE ANTIGUOS MAESTROS.)
 23.^a OLD BOND STREET
 LONDON (ENGLAND)

Gracias a la Guerra podemos ofrecer cierto número de cuadros auténticos de primeros maestros, a precios muy aceptables.
 Buenas adquisiciones.
 Correspondencia.
 Se invita a la inspección.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS RES
JORET HOMOLLE
 CURA
LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS